

DATIUS 1.000

LOUIS G. MILK

LOUIS G. MILK

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro Nº 547

La imagen de la astronave se reflejaba claramente en la pantalla telescópica del visor de tiro. El oficial artillero trataba de situarla en posición adecuada, cosa que le resultaba un tanto difícil, dados los movimientos de zigzag de la nave perseguida.

Volando a velocidades hiperlumínicas en las profundidades del espacio, los dos aparatos recorrían enormes distancias en contados segundos de tiempo. En el puente de mando, el comandante de la astronave perseguidora esperaba impaciente los resultados de la acción.

De pronto, tomó el micrófono y llamó:

— Oficial artillero, informe.

— Señor, estoy tratando de fijar la mejor posición de tiro. El objetivo se muestra muy escurridizo.

— Procure no fallar. Su Máximo Honor, Datius-1000, no nos perdonaría haber tenido a ese hombre a nuestro alcance y haberlo dejado escapar.

— No escapará, señor. Solamente le ruego un poco de paciencia…

Colección: Espacio - El Mundo Futuro
UUID: aad794ce-c9ba-4ae4-b81e-dcad6893cade
Generado con: QualityEbook v0.84

LOUIS G. MILK

DATIUS —1.000

Ediciones TORAY
Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
Barcelona Buenos Aires

PORTADA: C. PRUNÉS

Primera edición: Enero —1973

Depósito legal: B. 49.451 —1972

Printed in Spain Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor. —Eduardo Tubau, 20— Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

LA imagen de la astronave se reflejaba claramente en la pantalla telescópica del visor de tiro. El oficial artillero trataba de situarla en posición adecuada, cosa que le resultaba un tanto difícil, dados los movimientos de zigzag de la nave perseguida.

Volando a velocidades hiperlumínicas en las profundidades del espacio, los dos aparatos recorrían enormes distancias en contados segundos de tiempo. En el puente de mando, el comandante de la astronave perseguidora esperaba impaciente los resultados de la acción.

De pronto, tomó el micrófono y llamó:

—Oficial artillero, informe.

—Señor, estoy tratando de fijar la mejor posición de tiro. El objetivo se muestra muy escurridizo.

—Procure no fallar. Su Máximo Honor, Datius-1000, no nos perdonaría haber tenido a ese hombre a nuestro alcance y haberlo dejado escapar.

—No escapará, señor. Solamente le ruego un poco de paciencia…

—¡Paciencia, paciencia! —bufó el comandante—. Hace ya tres días que le perseguimos y en todo ese tiempo no hemos podido conseguir ningún resultado práctico. ¿Tiene ganas de ir a parar a una mina de «struvium», teniente Gorz?

El teniente Gorz masculló algo entre dientes, nada agradable para su comandante. Lo que tenía que decir de su Máximo Honor, Datius-1000, prefirió guardárselo para sí mismo. Era mucho peor y, efectivamente, no sentía el menor deseo de ir a parar a una mina de «struvium».

—Estimo que el perseguido debe hallarse ya al borde del agotamiento físico —dijo—. Son tres días de persecución continua y, mientras nosotros hemos tenido relevos para descansar, él está solo en su nave, señor.

—Bien, basta de cháchara, Gorz. ¡Ataque, ataque, por los diez mil genios tutelares de K'tar!

Gorz ya no dijo nada. Podía pedir más velocidad, pero el ingeniero jefe le contestaría que sólo con cinco o seis mil kilómetros más por segundo, tendría que sumergir a la nave en el subespacio.

Entonces, se perdería definitivamente el rastro de la presa.

De repente, la nave perseguida empezó a acercarse al centro del visor telescópico.

Una fuerte excitación se apoderó del artillero jefe.

—Equipos de tiro, preparados —ordenó.

En el centro del visor, justo en la intersección de las dos líneas que componían la cruz filar, había un círculo verde, que no impedía la visión. Cuando el verde se tomase rojo, el momento óptimo de disparo habría llegado ya.

—Equipos de detección y análisis de rastros, preparados —añadió Gorz.

Las respuestas eran afirmativas. Todo el mundo estaba listo en sus puestos.

El jefe de los equipos de tiro emitió un informe:

—Todo listo, teniente. Le paso el mando manual de disparo.

—Gracias —contestó Gorz.

Una hilera de luces de color ámbar se encendió delante de él. Cada una de ellas indicaba un torpedo espacial a punto para ser disparado.

Al pie de cada lamparita había una tecla. Gorz apoyó el índice en la primera.

El círculo del visor se hizo rojo de pronto. Gorz bajó la tecla.

Sólo hubo un leve chispazo en la proa de la nave. El torpedo, invisible, partió a velocidad hiperlumínica hacia su objetivo.

Gorz quiso asegurar el tiro y disparó otros dos torpedos. Una voz, grabada previamente, empezó a desgranar la cuenta del tiempo, al mismo tiempo que un reloj de cifras funcionaba velozmente con el mismo objeto.

De pronto, la voz dijo:

—Faltan diez segundos para el impacto… Nueve… Ocho… Siete… Seis… Cinco… Cuatro… Tres… Dos… Uno… ¡Impacto!

Un vivísimo fogonazo iluminó de repente aquella parte del espacio. Segundos más tarde, se produjeron otros dos.

—¡Blanco! —gritó Gorz, sin poder contenerse.

—Informe del equipo de detección —sonó una voz—. Objetivo alcanzado y destruido.

—Informe del equipo de análisis de rastros: hay un bote salvavidas alejándose del centro del impacto.

—¡Destrúyalo, Gorz! —gritó el comandante de la nave.

Gorz disparó otros dos torpedos.

Transcurrieron unos momentos. Alguien informó:

—Informe del equipo de detección: segundo objetivo, destruido.

—Informe del equipo de análisis de rastros: señales evidentes de destrucción de naves enemigas. No hay señales de vida humana.

Gorz respiró aliviado.

—Objetivo alcanzado y destruido, señor —dijo.

—Bravo, teniente; le propondré para una recompensa —exclamó el comandante de la astronave.

El comandante no se sentía menos contento que Gorz. También él había corrido el riesgo de ir a parar a una mina de «struvium».

Datius-1000 tenía malas pulgas y no reparaba en grados ni posiciones sociales o políticas cuando alguien hacía cualquier cosa contraria a sus deseos. El comandante de la nave había recibido la orden de buscar, perseguir y destruir la nave de Silver Yaddan, con su único tripulante, y lo había cumplido satisfactoriamente.

La orden que el comandante dio a continuación era lógica en aquellas circunstancias:

—¡Oficial piloto, ponga rumbo a la base!

La burbuja de salvamento descendió lentamente hasta posarse con suavidad sobre el terreno. Silver Yaddan dio un tirón a una anilla de plástico que tenía sobre su cabeza y la esfera transparente se dividió en dos mitades.

Yaddan saltó al suelo. Lo primero que hizo fue sacar su pistola solar, apretar un interruptor y colocarla en un sitio batido por el sol de aquel planeta.

La burbuja de salvamento tenía una especie de asiento, bajo el cual había un somero equipo de supervivencia. Yaddan tiró del asa de lo que parecía una maleta y la sacó fuera, ya convertida automáticamente en una mochila.

A Yaddan no le hizo falta mirar lo que había en el interior de la mochila. Hacía ya tiempo que se venía preparando para una

eventualidad semejante y la mochila estaba lista y revisada a conciencia.

Era un hombre alto y fornido, de pelo oscuro, un poco largo hacia la nuca y ojos penetrantes. Ahora vestía unos simples pantalones cortos y botas de media caña, junto con una holgada camisa de tejido «camaleón», cuyas fibras tenían la propiedad de cambiar de color según el ambiente y en cuestión de segundos.

Un sombrero de alas anchas y del mismo tejido completaba su tocado. Ahora ya sólo faltaba esperar la recarga del arma.

Una lámpara de cuarzo no servía para recargar una pistola solar. Era preciso colocarla bajo los rayos de una estrella tipo Sol-Tierra, con una diferencia en las características no superior al diez por ciento, en más o en menos.

Una estrella roja, en período de extinción, o una estrella blanco-azulada, no servirían. Yaddan masculló algo entre dientes, diciéndose cuándo los ingenieros podrían preparar una pistola solar capaz de ser recargada por los rayos de cualquier estrella, fuera cual fuese su tipo.

La carga del arma alcanzaba a un centenar de disparos, cada uno de los cuales era capaz de convertir en humo a un elefante de S'rim, cuyo tamaño era cuádruple de uno de los terrestres. Pero el tiempo empleado en la carga no era breve.

Yaddan no sentía apetito, aunque en la mochila de supervivencia tenía alimentos concentrados. Con gesto dubitativo, se preguntó si no habría resultado conveniente llevar también un rifle o una pistola de combustión química. Las armas de fuego, desterradas casi por completo, todavía podían resultar eficaces en determinadas circunstancias.

Sujeta a la caña de su bota derecha tenía una funda con un cuchillo de caza. El filo del acero era suficiente para afeitarse, si le molestaba la barba.

En la culata de la pistola había un indicador de carga, que consistía en una lamparita de color blanco. Ahora, el blanco se había convertido en rosado.

Cuando el tono rosa se convirtiese en rojo vino, el arma tendría la carga completa.

Acuclillado, sumido en melancólicas reflexiones, Yaddan esperó a que los rayos del sol de Shavinn, nombre del planeta al cual había llegado, terminasen de poner el arma en estado de funcionamiento.

De pronto, oyó algo que le hizo dudar del buen estado de su mente.

Un grito humano. Una voz de mujer:

—¡Eh, usted! ¿Puede ayudarme?

El color del indicador de carga de la pistola solar era todavía rosa fuerte. Yaddan sabía que era inútil tratar de emplearla; en el estado actual del arma, que sólo funcionaba a plena carga, sólo podría encender un cigarrillo. Así pues, sacó su cuchillo y volvió la vista hacia el lugar donde había sonado la voz de la mujer.

Estaba a diez o doce pasos de distancia, tras unos arbustos muy espesos. Yaddan vio un hermoso rostro, enmarcado por una abundante cabellera rubia, y unos hombros de blancura deslumbrante.

—¿Quién es usted? —preguntó, a la vez que avanzaba hacia ella.

—¡Cuidado! —exclamó la mujer—. No se mueva de donde está. Podemos hablar así, ¿no le parece?

—¿Tiene armas? —preguntó Yaddan recelosamente.

Ella se echó a reír.

—Precisamente porque no tengo nada encima es por lo que le ruego que no siga avanzando —contestó con singular desenvoltura.

Capítulo II

—ME llamo Tryna Ruck —se presentó la joven—. ¿Quién es usted?

—Silver Yaddan, señorita, a su disposición —contestó él.

—Yaddan. El hombre me suena —murmuró Tryna pensativamente —, pero no me dé ningún tratamiento. Llámeme por mi nombre, nada más.

—Sí, Tryna.

—Estoy absolutamente desnuda —dijo la joven—. ¿No tiene por ahí alguna prenda de ropa de repuesto?

Yaddan hizo una mueca.

—Tryna, me parece que en estos momentos me siento muy apurado. Si le doy lo que llevo encima, el que se quedará desnudo seré yo.

Ella se echó a reír.

—Estamos listos —dijo, sin perder el buen humor—. Tendré que hacerme un vestido con ramajes.

—Aguarde un momento, creo que he dado con la solución —dijo Yaddan—. No es lo que usted desearía, pero, al menos, podrá cubrirse un poco.

Yaddan dio media vuelta y regresó junto a la mochila. En el interior de la misma había una tienda de campaña, de finísimo tejido, térmico e impermeable, que cabía holgadamente en el hueco de la mano. Una vez armada, podía cobijar sin dificultad a dos personas.

La tela de campaña y el cuchillo volaron por los aires al otro lado de los matorrales.

—Es todo lo que puedo darle, Tryna —dijo Yaddan.

—Bastante más de lo que esperaba —contestó ella.

Mientras Tryna trabajaba con el cuchillo, Yaddan volvió en busca de su pistola, que ya estaba cargada por completo, y la puso en la funda.

Tryna se hizo visible minutos más tarde. Una banda de tejido cubría su pecho. Con otras tiras anchas de la misma tela, se había hecho una especie de ceñidor. El resto del cuerpo quedaba al descubierto, y Yaddan pudo comprobar visualmente que era muy bien proporcionada y de buena estatura.

—Gracias, Silver —dijo Tryna, tendiéndole una mano—. ¿Terrestre?

—Sí, en efecto.

—Yo soy de K'tar. Hacía tiempo que no veía a un hombre de su planeta.

—Los terrestres no somos particularmente apreciados en K'tar, Tryna —contestó él.

—Convendrá conmigo en que hay buenas razones para no sentir aprecio hacia ustedes, políticamente hablando, claro está. En lo personal, ya es otra cosa, y yo me siento muy agradecido a su ayuda.

—Da gusto oírla hablar así —sonrió Yaddan—. Bien, cuénteme, ¿qué hacía en Shavinn sin una sola prenda de ropa sobre su cuerpo?

—Tenía de todo —contestó ella—. Pero se me ocurrió bañarme en el río y un rinoceronte omnívoro se comió mi equipo por completo, incluyendo mi pistola solar.

—Le sentaría mal, supongo.

—Las células de carga le resultaron indigestas, y se murió, pero el metal ya había sido corroído por sus jugos digestivos. Los rinocerontes omnívoros son unos bichos muy peligrosos.

—Además de grandes, claro, pero eso no acaba de explicar los motivos de su estancia en un planeta oficialmente deshabitado.

Tryna le dirigió una mirada maliciosa.

—¿He de decírselo, Silver? —preguntó,

Yaddan se encogió de hombros.

—No quiero que me diga que soy curioso —respondió.

—Tampoco usted me ha dicho por qué ha venido a parar aquí, Silver —le reprochó ella.

—Mi nave fue atacada por una patrullera de K'tar. Tuve el tiempo justo de largarme, antes de que la volasen con torpedos.

—Vaya, debe ser usted un tipo muy importante, cuando su Máximo Honor, Datius-1000, gasta tanto en torpedos —comentó Tryna.

—Estaba dispuesto a pagar un millón de «datianos» por mi cabeza.

Tryna le contempló asombrada.

—Sí que es usted un hombre valioso —exclamó—. ¿Por qué vale tanto dinero, Silver?

Yaddan contestó:

—Hemos quedado en que no debemos ser curiosos, Tryna.

—Sí, tiene usted razón —convino ella, riendo—. Y ahora, si le parece, discutamos nuestro futuro inmediato.

—Estoy a sus órdenes, Tryna.

—Nos hallamos en un planeta deshabitado y, lo que es peor, abundante en animales feroces. La vida aquí no es fácil, Silver.

—Aunque sólo sea por los libros, conozco bastante bien a Shavinn —dijo Yaddan—. Lo que podía ser un paraíso, está lleno de bestias feroces, que hacen la vida punto menos que imposible.

—Nosotros tenemos que sobrevivir y es preciso que empecemos a pensar en ello cuanto antes. Yo no tengo, literalmente hablando, más que lo puesto. ¿Con qué cuenta usted, Silver?

—El equipo de supervivencia, pero no la burbuja de salvamento. En cuanto se usa una vez, resulta un trasto inútil.

—Tengo entendido que esos aparatos disponen de emisora de radio para lanzar señales y facilitar el rescate del náufrago —dijo Tryna.

—En mi burbuja no había. Lo que me interesaba era evitar la localización.

Tryna levantó las cejas.

—No entiendo —dijo—. Yo creo que es una actitud errónea, Silver.

—Si a usted la hubiesen torpedeado, pensaría igual que yo. He de pasar por muerto; es más conveniente para mí —alegó Yaddan.

Ella le miró de reojo.

—Aun así, pienso que no hizo bien en dejarse atrás una emisora de radio, pero ya es tarde para lamentaciones —manifestó—. ¿Qué hacemos ahora?

Un sonoro trompetazo se oyó de repente a poca distancia. Tryna palideció.

—Por ahí anda un condenado rinoceronte omnívoro que no ha saciado todavía su apetito —exclamó.

Yaddan sacó inmediatamente su pistola, pero Tryna puso una mano sobre su brazo.

—No cometa imprudencias —dijo—. Un solo disparo no detendrá a

esa bestia. Lo mejor es el río, Silver. ¡Vamos!

A cien pasos de distancia, un árbol de diez o doce metros de altura se desplomó de repente con gran estrépito. Yaddan comprendió que lo mejor era seguir los consejos de la muchacha, quien parecía conocer muy bien las costumbres de aquellos gigantescos animales.

—Las placas óseas que recubren su cuerpo poseen un gran poder refractario a los disparos de una pistola solar. Tendría que consumir de veinte a veinticinco cargas, antes de lograr un resultado satisfactorio y, para entonces, usted ya estaría en el estómago de la fiera —dijo Tryna, sin dejar de correr.

—Pero usted se ha salvado —alegó él.

—Los rinocerontes omnívoros son hidrófobos… bueno, sienten horror al agua, aunque no sean rabiosos. ¿Por qué se cree que estoy viva aún?

—Ah, se bañaba cuando…

—Exactamente —confirmó ella—. Eso es lo que me salvó la vida. Créame, Silver, tuve a la fiera a menos de diez pasos de distancia y hubo un momento en que llegué a creer que ni el agua la detendría.

Detrás de ellos se oían unos ruidos espantosos. El animal trompeteaba estruendosamente, animado por el olor que desprendían las presas que ya presentía a su alcance.

El río apareció de pronto ante los ojos de la pareja. Yaddan oyó un berrido más sonoro que los anteriores y, sin poder contener su curiosidad, volvió la cabeza.

La bestia se hallaba ya a menos de cien pasos de distancia, avanzando con aparente lentitud, pero, en realidad, a la velocidad de un «pura sangre» a todo galope. Medía cuatro o cinco metros de altura por una docena de longitud y tenía seis patas relativamente cortas y anchas, que le permitían correr con gran rapidez.

En el morro mostraba una doble hilera de cuernos, de más de un metro de altura, ocho en total. Todo su cuerpo estaba cubierto por unas placas córneas de gran espesor, articuladas suficientemente para no impedirle la facilidad de movimientos.

En el dorso se veía una larga hilera de lo que parecía una sierra de dientes gigantescos, que se hacían más pequeños hacia el final de la cola, muy corta. Por último, en su boca, capaz de contener sin dificultad la mitad de un cuerpo humano, se veían unos dientes de aspecto pavoroso.

—¡Al agua, Silver, al agua! —gritó Tryna, un segundo antes de

iniciar la zambullida.

Yaddan vaciló un instante. Iba a imitar a la muchacha cuando, de pronto, reparó en un detalle que se le había pasado por alto.

Decidió tentar la suerte. Los ojos del rinoceronte omnívoro eran enormes, como sandías de gran tamaño, unos globos que no medían menos de medio metro de diámetro. Yaddan sacó la pistola y apuntó a través de su visor panorámico.

Disparó. Una delgada raya, de blancura deslumbrante, atravesó el espacio y terminó en el ojo izquierdo de la bestia.

El animal se desplomó fulminado, a una docena de pasos de Yaddan. Tryna, que ya nadaba casi en el centro de la corriente, volvió la cabeza, contempló la escena y creyó que soñaba.

—¡Silver! —gritó,

Yaddan agitó una mano.

—Acérquese —dijo de buen humor—. Ya ha pasado el peligro.

Ella se acercó a la orilla. Yaddan la ayudó a salir fuera.

—¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó, pasmada de asombro.

El joven se echó a reír.

—Era una fortaleza móvil, pero no por ello dejaba de tener sus puntos débiles —contestó.

Tryna se acercó al enorme animal muerto y pudo ver el hueco abierto por la descarga solar. Inmediatamente, comprendió lo ocurrido.

—A pesar de todo, me extraña…

—No debe extrañarle —atajó él—. Sí, los huesos del cráneo son tan resistentes como las placas blindadas externas, pero el globo ocular tiene comunicación con el cerebro por medio del nervio óptico. El ojo, a fin de cuentas, no es sino una cámara que recoge los rayos lumínicos… y también, en su caso, de otra índole. Simplemente, la descarga que disparé fue a parar a su cerebro a través del hilo conductor que era el nervio óptico.

—Ahora sí lo entiendo por completo. Pero a mí no se me hubiera ocurrido una cosa semejante.

—Por fortuna, creo que los rinocerontes omnívoros no abundan demasiado en Shavinn, lo cual no deja de ser una suerte para nosotros —dijo Yaddan.

—En cambio, lo que sí abundan son las hormigas carnívoras —exclamó ella de pronto—. Suelen alimentarse corrientemente de animales muertos, pero no desdeñan a los vivos, si se les presenta la ocasión.

La mano de Tryna señalaba una larga hilera negra que se dirigía rectamente hacia el cadáver del rinoceronte. Yaddan vio las hormigas y se estremeció al darse cuenta de su tamaño.

Medían unos dos centímetros de longitud y sus pinzas, durísimas como el acero, otro tanto. Había millones en aquella columna que avanzaba hacia el animal muerto y, en esta ocasión, más que nunca, Yaddan comprendió la conveniencia de una prudente retirada.

—Nos comerían en menos de diez minutos, Silver —dijo Tryna a media voz.

—Por el momento, me siento mucho mejor con la carne pegada a los huesos —murmuró él—. Sí, será mejor que nos larguemos.

Capítulo 

LA hoguera llameaba alegremente. Por medio de un asador improvisado, Yaddan preparaba la cena, mientras Tryna se hallaba ocupada en una labor que estimaba necesaria para la supervivencia.

La muchacha tenía en la mano una gran antorcha, con la que quemaba las hierbas, para formar una circunferencia libre de unos seis o siete metros de diámetro en torno al campamento. Antes, Yaddan la había ayudado a despejar el terreno de arbustos con el cuchillo.

Según Tryna, el suelo quemado impediría el paso de insectos peligrosos. La hoguera alejaría a otros animales de mayor tamaño. En cuanto a rinocerontes y bestias grandes, no solían ser de actividad nocturna.

Tryna acabó su labor y volvió junto al fuego.

—La cena estará dentro de un cuarto de hora —anunció él.

—Ya empiezo a tener hambre —sonrió la joven—. Lástima de instrumentos adecuados; podríamos habernos traído un buen trozo de una de las patas del rinoceronte.

—¿Es comestible la carne? —preguntó Yaddan, asombrado.

—Exquisita. A veces se organizan cacerías desde K'tar, con objeto de cobrar unas cuantas piezas. Yo he comido un par de veces y, créame, es sabrosísima.

Yaddan contempló la especie de pavo silvestre que se asaba sobre el fuego.

—Nosotros, en cambio, tendremos que contentarnos con este tonto volátil —dijo—. Mientras nos sea posible, debemos ahorrar las provisiones del equipo de supervivencia.

—En una decisión sensata —aprobó ella—. Por cierto, tiene usted

muy buena puntería con el cuchillo— agregó, al recordar la forma en que Yaddan había cobrado la pieza.

—Nunca estorba saber lanzarlo —contestó él—. Tryna, aún no me ha dicho cómo llegó a Shavinn. No le preguntaré los motivos, pero creo que no es indiscreción saber la forma de su llegada a este planeta.

—Me trajeron y no por mi voluntad, ciertamente, Silver. Al desembarcar, me entregaron un equipo mínimo y luego me dejaron abandonada a mi suerte.

—Eso huele a destierro como castigo o algo parecido, Tryna.

—Así es —confirmó ella—. Se me dio a elegir entre Shavinn o las minas de «struvium». Elegí Shavinn.

—Al parecer, incurrió en el enojo de su Máximo Honor. ¿Me equivoco?

Tryna apretó los labios. Yaddan comprendió que ella no quería hablar más del asunto y decidió no insistir sobre el particular.

—Bueno, la cena esta lista —anunció al cabo de pocos minutos.

—La ventaja de Shavinn es su clima —dijo Tryna más tarde, después de haber saciado su apetito—. No se necesitan mantas y, por suerte, tampoco estamos en la estación de las lluvias…

La muchacha bostezó sin poder contenerse. «Está agotada», pensó Yaddan.

Tryna se quedó dormida a los pocos momentos. Yaddan la cubrió con un chaquetón que tenía en el equipo de supervivencia, del mismo tejido que la tienda de campaña. Luego reavivó el fuego y, al cabo de unos momentos, se tendió también a dormir.

Algo cayó al suelo con un ligero ruido, una especie de «flop» de escaso volumen sonoro. Tryna entreabrió los ojos y creyó ver un hilo muy brillante, de un centímetro de grosor, que descendía de las alturas.

Otro hilo bajó rápidamente y se pegó a la pierna derecha de Yaddan. Tryna volvió la cabeza y observó algo que heló la sangre en sus venas.

Había una mancha roja en el abdomen de Yaddan. El joven permanecía completamente inmóvil, con los ojos abiertos, aunque respiraba con notoria lentitud.

—¡Silver! —llamó ella.

—No se mueva, Tryna, por lo que más quiera —dijo él—. Levante los ojos y mire hacia arriba.

Tryna siguió el consejo. Un grito de horror brotó inmediatamente de sus labios.

Estaban en el claro de un bosque, rodeado por árboles que alcanzaban alturas exorbitantes en muchas ocasiones. Apoyándose en la rama saliente de uno de aquellos árboles, a treinta o cuarenta metros del suelo, un gigantesco arácnido, disparaba hilos transparentes que iban a dar indefectiblemente contra alguna de las partes del cuerpo de Yaddan.

Cada vez había más hilos que terminaban en el joven. Espeluznada, Tryna divisó varios arácnidos más semiocultos entre la espesura del árbol.

Sólo uno de ellos, sin embargo, disparaba hilos. Los otros parecían limitarse a esperar la acción de su congénere.

—No puedo moverme, Tryna —dijo Yaddan—. Estoy perfectamente consciente, pero, por lo demás, tengo el sistema nervioso totalmente paralizado.

—Dígame lo que tengo que hacer y le ayudaré —exclamó ella con vehemencia.

—Tengo mi pistola solar. Úsela sin piedad contra las arañas. Luego le explicaré. Pero tenga cuidado no le alcance uno de esos hilos; son increíblemente resistentes.

—Está bien, Silver.

Un nuevo hilo bajó de las alturas. De repente, todos aquellos cables transparentes se pusieron en tensión.

Tryna lanzó una fugaz mirada hacia las alturas. Ahora, siete u ocho de aquellos gigantescos arácnidos se disponían a izar al joven hacia su nido, oculto en alguna parte de aquel espeso ramaje.

El cuerpo de Yaddan se despegó del suelo. Tryna ya no lo dudó más y se abalanzó sobre él, arrebatándole la pistola solar de la funda.

La velocidad de ascensión, sin embargo, no era muy grande. Tryna se tendió de espaldas en el suelo y apuntó hacia arriba.

La pistola vomitó una serie de llameantes descargas, que convirtieron en humo a los arácnidos. Yaddan cayó al suelo, a la vez que la copa del árbol empezaba a arder.

—Tiene que retirarme de aquí —indicó Yaddan—. No olvide la bolsa de supervivencia o todos sus esfuerzos serán en vano.

—De acuerdo, Silver.

La muchacha actuó con rapidez y decisión. Primero se puso el chaquetón y luego ató la bolsa a una de las muñecas de Yaddan. Luego agarró a éste por las axilas y lo arrastró en dirección al río.

—Espero no encontrarme con más arañas de ésas tan horribles —

dijo, jadeante por el esfuerzo que se veía obligada a realizar.

—Lo que tiene que hacer no será mucho más agradable —contestó él —. La araña puso un huevo en mi vientre y usted será la encargada de extraerlo o, dentro de algunas semanas, moriré devorado vivo, sin poder evitarlo.

Tryna estuvo a punto de desmayarse al oír aquellas palabras. Pero logró rehacerse y continuó arrastrando a Yaddan, hasta tener el río a la vista.

—Aquí estamos bien —indicó él.

Tryna se arrodilló a su lado. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Oh, Silver, ¿qué vamos a hacer? —exclamó, afligida—. Su situación es tan crítica…

—Lo hubiera sido de no haberla tenido a usted a mi lado. Tryna, lo siento, pero ni siquiera puedo sonreír. Incluso no sé cómo puedo hablar, pero lo hago y eso es suficiente.

—Sí, desde luego.

—La araña me sorprendió completamente dormido. Actuó con gran suavidad, en completo silencio. Recuerdo haber sentido un pinchazo en el vientre, un poco más arriba del estómago y, casi en el acto, me quedé paralizado. El anestésico que el animal me inyectó es de efectos casi instantáneos.

—Comprendo, Silver. Pero ¿por qué le atacó precisamente a usted y no a mí?

—¿Se le ha ocurrido mirar el chaquetón que le puse yo anoche cuando se durmió?

Tryna lanzó una exclamación de sorpresa y se quitó la prenda. En el centro de la espalda había una desgarradura que más parecía un tajo causado por una cuchilla muy afilada, la cual, sin embargo, no traspasaba la prenda por completo.

—El chaquetón es semiblindado, lo que significa que puede resistir radiaciones de intensidad moderada —explicó él—. Pero yo no tenía más que la camisa y los pantalones.

—Y el aguijón del animal…

—Sí. Luego, una vez paralizado, no le resultó ya difícil colocar el huevo que contiene otro arácnido en estado de desarrollo. Cuando el huevo haga eclosión, el artrópodo tendrá alimento suficiente para las primeras semanas de vida.

Tryna casi se mareó al escuchar aquellas palabras

—Pero… había más arañas…

—Indudablemente, poseen un instinto de cooperación, que las hace ayudarse mutuamente, cuando la presa es grande. Pero yo era la presa de una de ellas y las demás no sólo respetaron su primacía, sino que la ayudaban a subirme al nido donde, seguramente, tendrá otras presas almacenadas.

—Un planeta horrible —calificó Tryna—. Y pensar que algunos lo consideran como una especie de paraíso terrenal…

—Haciendo abstracción de algunos de sus habitantes animales, así podría considerarse. Pero vayamos a lo nuestro. Tryna, tiene que hacer de cirujano.

—¿Yo? —Ella pareció sentirse de nuevo muy afligida—. Silver, nunca he tenido un escalpelo en las manos… Además, ni siquiera disponemos de elementos…

—Otra vez me gustaría sonreír —dijo Yaddan—. La bolsa de supervivencia merece realmente ese nombre. Hay una caja con un pequeño botiquín de primeros auxilios. Entre otras cosas, contiene anestésico para curas que pudieran resultar dolorosas y celulina regenerativa, que servirá de vendaje. Creo que también hay unas pinzas; de lo contrario, tendrá que usar los dedos.

—Me desmayaré —gimió ella.

—Sea fuerte, Tryna. Usted no me va a abandonar a mi suerte, ¿verdad?

Ella se apartó un mechón de pelo que cubría su frente con un repentino gesto de decisión.

—Lo haré, Silver —exclamó.

Inmediatamente, abrió la mochila y buscó la caja de primeros socorros.

—Hay desinfectante —indicó Yaddan.

—Pero… bisturí…

—Mi cuchillo de caza servirá, no hay otra solución.

Tryna rasgó las ropas del joven. Entre el estómago y el ombligo se divisaba un abultamiento del tamaño de un puño. La incisión practicada por el aguijón del artrópodo se había cerrado ya, aunque presentaba unos tonos rosados en sus bordes.

—Debe actuar con gran cuidado —dijo y aconsejó Yaddan—. Si corta el huevo, sustancias tóxicas se extenderían probablemente por mi sangre y moriría muy pronto.

—Entiendo. —Ella limpiaba ya la piel con un trozo de tela

empapada en el líquido desinfectante—. Pero si sus centros nerviosos están paralizados, no veo la utilidad del anestésico…

—Muchacha, en cuanto extraiga usted el huevo, yo recobraré la sensibilidad. Imagínese lo que gritaré con las tripas al aire… Bueno, según creo recordar de mis lecturas, el huevo está entre la epidermis y el peritoneo.

—Cállese, por favor —rogó Tryna—. Estoy a punto de desmayarme.

—Si no conserva la serenidad, moriré.

Hubo un momento de silencio. Tryna, indecisa, se mordía los labios.

—Ánimo, muchacha —dijo Yaddan—. Hágase cuenta de que hablo con la sonrisa en los labios.

—Está bien —exclamó ella, repentinamente resuelta—. ¿Cómo debo usar el anestésico?

—Está en ese pulverizador. Es un anestésico de tipo universal, generalmente inocuo. Pueden darse, en contadas ocasiones, casos de fallos cardíacos o contraindicaciones, según el estado del paciente, pero no creo que me suceda nada de eso. De todas formas, cualquier cosa es preferible a ver cómo me devora una araña que, al nacer, tendrá ya el tamaño de la palma de mi mano.

—¡Por favor, no me lo haga más difícil! —rogó ella.

Ya tenía el pulverizador en la mano. Lanzó un buen chorro a la cara de Yaddan.

—Todo… el anestésico… hasta que agote… la carga —pidió él, con voz pastosa, sintiendo ya los efectos de la droga.

Minutos más tarde, Yaddan estaba completamente dormido. Entonces, Tryna, dominando sus nervios, tomó el cuchillo, previamente desinfectado, y practicó la primera incisión.

Capítulo IV

—LA veo pálida y ojerosa e incluso demacrada —dijo Yaddan.

Tryna soplaba el fuego para encender la hoguera. Volvió lo cabeza y lanzó un alegre grito:

—¡Silver! Por fin ha despertado.

—Era hora ya, ¿no le parece? —contestó él.

—Incluso puede sonreír… La última vez tenía que decirlo, en lugar de hacerlo.

—Gracias que podía hablar. Tryna, ¿cuántos días he estado dormido?

—Cuatro. Su herida está muy bien; pronto habrá cicatrizado. Esa celulina regenerativa es algo maravilloso.

—Lo sé. Todavía debe quedar, ¿no es así?

—En efecto, Silver. Sólo espero no tener que utilizarla de nuevo.

—Yo también. ¿Qué está haciendo?

—Iba a encender fuego. He pescado y tengo un par de peces para asar. No dispongo de ningún cacharro, así que no puedo cocerlos para hacerle caldo…

—Use la lata en que estaba contenido el botiquín de primeros auxilios o la de los alimentos de reserva

Tryna se pegó una palmada en la frente.

—¡Es verdad, qué tonta soy! —exclamó—. Lo siento, Silver, no se me había ocurrido.

—Aún está a tiempo. Ah, en los alimentos de reserva, encontrará tabletas de concentrado. Eche un par de ellas al agua donde ponga a cocer el pescado. A los dos nos sentará bien, créame.

Media hora más tarde, empezaban a comer. Tryna recobró los colores. Yaddan se sintió mucho mejor.

—Ahora me convendría dormir un poco por medios naturales —dijo—. De todas formas, despiérteme antes de que sea de noche, Tryna.

—Descuide, Silver. Pero ¿puedo hacerle una observación?

—No faltaría más —accedió él.

—Ha estado dormido cuatro días, y supongo que se debe al anestésico. La operación me costó menos de media hora y no hubo complicaciones. Pero ¿por qué tanto anestésico, Silver?

—Tryna, yo no le hubiera reprochado a usted un fallo; en sus circunstancias, hubiera resultado lógico. Pero de haberse producido, yo habría muerto en medio de horribles dolores.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Comprendo —murmuró—. En su lugar, yo también hubiera obrado de igual forma, Silver.

Yaddan sonrió. Cerró los ojos y se estiró voluptuosamente en el lecho de hierbas secas que ella le había preparado. Momentos más tarde, se sumergía en un sueño tranquilo y reparador.

Yaddan se puso en pie y realizó unas cuantas flexiones de brazos y piernas. Los músculos respondían satisfactoriamente.

Ya habían pasado ocho días desde el ataque de los arácnidos. La convalecencia avanzaba con rapidez.

Hacía pocos minutos que se había despertado. No se veía el menor rastro de Tryna.

—¿Dónde se habrá metido esa muchacha? —murmuró.

Esperó un poco. En vista de que ella no volvía, lanzó un grito:

—¡Tryna!

La joven no contestó. Yaddan, preocupado, frunció el ceño.

De pronto le pareció divisar un movimiento entre los arbustos que flanqueaban el río. Se acercó cautelosamente y pronto pudo apreciar los motivos del silencio de la muchacha.

Tryna se hallaba en el río, con agua hasta los muslos, empuñando un rústico venablo hecho con el cuchillo y una rama recta. El arma se disparó de pronto.

Un pez salió de las aguas, atravesado de parte a parte, coleando ferozmente. Tryna movió el venablo en semicírculo y el pez voló por los aires, justo a las manos de Yaddan.

—¡Buena presa!: —elogió él, sonriendo.

Tryna le miró y sonrió también.

—Escuché su voz, pero no quería contestar, por no hacer ruido para que pudiera alarmar a la presa —se disculpó.

—No se preocupe —contestó él—. Tryna, después de comer, me gustaría empezar a discutir nuestras perspectivas.

Ella salió del río.

—No hay inconveniente —aceptó.

—Estamos los dos solos, perdidos en un planeta que a veces se muestra hostil. No sé si algún día podremos salir de aquí, pero, mientras tanto, tenemos que actuar como si tuviéramos que vivir siempre en Shavinn.

De acuerdo, Silver.

De repente, Yaddan lanzó una exclamación en voz baja.

—Déme eso, pronto —pidió.

Yaddan soltó el pescado y se apoderó del venablo. Tryna se sintió alarmada en los primeros instantes.

El venablo voló por los aires. Casi en el acto se oyó un agudo graznido a corta distancia.

Un pajarraco de gran tamaño aleteaba furiosamente a pocos pasos. Tryna corrió hacia el animal y terminó con él de un segundo golpe con el venablo,

—Bueno, al fin podremos variar la dieta —exclamó con ojos brillantes—. A decir verdad, ya empezaba, a cansarme de pescado, Silver.

—Tendremos asado de pavo silvestre para almorzar —anunció él—. Y luego discutiremos tranquilamente nuestro futuro.

Tres horas después, Yaddan propuso la conveniencia de explorar el terreno, dentro de unos límites razonables.

—No podemos dar a pie la vuelta al planeta —dijo—. Pero tampoco debemos quedarnos aquí. Imagino que habrá regiones con menos fieras, más hospitalarias… Estas selvas pueden resultar insanas para nosotros y no siempre hemos de tener suerte de salir indemnes de los ataques de las bestias feroces, Tryna.

—Estoy de acuerdo contigo —contestó ella—. Mi opinión es que debemos caminar hacia el norte; estamos demasiado cerca del ecuador y más arriba, en la zona templada, los animales hostiles abundan mucho menos. Claro que, en compensación, tendremos que prepararnos para la estación fría.

—¡Oh, eso no importa! —dijo Yaddan jovialmente—. Buscaremos un buen sitio para pasar el invierno y espero que podremos cazar animales de piel lo suficientemente abrigada para que pueda evitamos los rigores del frío. También tendremos que preparar una habitación fija, bien una cueva, bien construida por nosotros mismos; almacenar alimentos y quizá, en el futuro, empezar a pensar en la siembra de cereales y otros vegetales… En fin, Tryna, una verdadera existencia de robinsones.

—¿Robinsones? Nunca he oído esa palabra, Silver.

Yaddan se echó a reír.

—Te lo explicaré mientras caminamos —respondió.

Los días transcurrían lentamente, mientras subían hacia el norte. La zona tropical era aún más extensa de lo que habían calculado o quizá habían llegado ellos realmente muy cerca del ecuador del planeta. El ambiente no daba señales de variación, salvo, a veces, en extensísimas planicies que se perdían de vista.

Cruzar por aquellas llanuras podía resultar peligroso. Estaban los paquidermos gigantes, tan fieros como los rinocerontes y, como éstos, alimentándose de cualquier cosa, animal o vegetal, además de otras especies de igual o superior fiereza, con cualquiera de cuyos ejemplares podía resultar funesto un encuentro. En medio de todo, la selva, con todos sus riesgos, casi resultaba más segura que las inmensas sabanas que ocupaban extensiones incalculables y en las cuales apenas si se veía algún árbol aislado.

Cazaban y pescaban mientras seguían su ruta. Yaddan construyó un arco y flechas, con lo que sus presas pudieron ser capturadas con mucha mayor facilidad. Enseñó a Tryna el manejo del arma y ella lo aprendió con sorprendente facilidad.

Sin embargo, la selva, no era tan intrincada como las tropicales de la Tierra, lo que les permitía un avance más fácil. Al cabo de tres semanas de camino, y contando a una media de veinticinco kilómetros por día, Yaddan calculó que habían cubierto unos quinientos kilómetros.

Aquel día capturaron un animal parecido a un ternero terrestre, aunque con la piel más abundante en pelos. Ya tenían dos arcos y las dos primeras flechas, disparadas casi simultáneamente, derribaron al animal fulminado.

Yaddan se acercó a la bestia y pasó la mano por su piel.

—Muy suave y abrigada —dijo—. Tryna, ¿te gustaría cambiar de indumentaria?

—Es preciso curtirla —contestó ella—. Pero, sí, me gustaría vestir de otra forma, Silver.

—En tal caso, creo que podemos hacer aquí un alto de varios días. Todavía tendremos buen tiempo durante algunos meses.

—De acuerdo —accedió Tryna.

—He visto a lo lejos una colina de color muy blanco. Luego iré a ver de qué mineral está compuesta —dijo Yaddan, mientras se disponía a despellejar al animal.

La colina era abundante en sales minerales. Yaddan cargó con una buena cantidad y regresó al campamento. La piel ya estaba estirada y sujeta a varias estacas.

—Con la sal podremos iniciar el proceso de curtición —dijo, mientras trabajaba—. Quizá en las primeras veces la cosa no nos salga todo lo bien que desearíamos, pero es preciso adquirir experiencia.

—La piel me gusta, tiene unos colores preciosos —dijo Tryna.

—Hay más bichos de esta especie. Incluso te haré unos mocasines; es hora ya de que cambies también de calzado.

Los pies de Tryna estaban envueltos en tiras de lo que había sido tienda de campaña del equipo de supervivencia. Aquella noche, comieron unos buenos filetes asados.

—Y lo que es mejor —comentó Yaddan, mientras saboreaba la carne, tierna y jugosa—, con sal. Nos hacía falta ya para el organismo.

Tryna asintió. De pronto, su mirada se hizo melancólica.

Yaddan captó el cambio de expresión de su rostro. La joven parecía haberse puesto triste.

—¿Echas de menos a alguien, Tryna? —inquirió.

—No —contestó ella con voz opaca—. Es que… estoy muy lejos de mi patria y…

—Nunca te he preguntado una cosa muy personal, por no molestarte, aunque me gustaría saberlo, Tryna.

—¿Qué es, Silver?

—¿Tienes esposo?

—Si hubiera sido de otra clase, sí, ahora estaría casada. Pero no quise convertirme en la esposa de su Máximo Honor, Datius-1000.

Capítulo V

DESPUÉS de cenar, Yaddan reavivó el fuego. Hubiese dado algo bueno por un cigarro, pero hacía tiempo ya que se había resignado a pasarse sin el pequeño placer de fumar.

—Entonces, por eso te desterraron a Shavinn —dijo, rompiendo súbitamente el silencio en que habían caído desde hacía rato.

—No se trata solamente de que me negase a casarme con Datius-1000 —respondió Tryna—. A decir verdad, no me seducía la idea de pasar a lo que vosotros llamáis harén, a pesar de las ventajas que ello hubiera podido suponer para mí.

—Tengo entendido que, en efecto, existe la poligamia en K'tar.

—Es una costumbre ya muy antigua, prácticamente en desuso. Hace centenares de años, hubo una guerra de terrible ferocidad y murieron casi todos los hombres. Es comprensible que los supervivientes tomaran más de una esposa, para procurar la repoblación humana del planeta.

—En épocas muy remotas, también ha sucedido en la Tierra; y aun hoy día… Pero sigue, Tryna; lo que decías es muy interesante.

—La poligamia está en desuso, lo que no significa que no haya alguien que la practique. Naturalmente. Datius-1000 es el más distinguido en este aspecto. Pero sus matrimonios apenas son más que una farsa; en pocas semanas, se cansa de la esposa recién tomada y la relega al harén o la repudia. Muchas prefieren el repudio, porque va acompañado de sustanciosas sumas de dinero.

—Datius-1000 es muy generoso, a lo que parece —comentó Yaddan sarcásticamente.

—Sí, con el dinero del erario público. Pero había, además, otro motivo para que me desterrase a Shavinn.

Yaddan guardó silencio. Si Tryna tenía algo que decir, debía hacerlo por propia voluntad.

—Política, Silver —añadió ella.

—Estás en la oposición —sonrió Yaddan.

—Estoy con quienes quieran derribar un régimen podrido y corrupto hasta los cimientos —declaró Tryna—. Sí, soy una rebelde y no me disgusta admitirlo pero es que tendrías que conocer lo que sucede en K'tar para darte una pálida idea de lo que pasa en la realidad.

—He oído hablar de las minas de «struvium». ¿Qué sabes tú del asunto, Tryna?

Ella se atusó maquinalmente un mechón de pelo.

—Prefiero estar en Shavinn antes que ir a una mina de «struvium». Moriría, literalmente corroída por las emanaciones de ese mineral, en menos de un año. A los seis meses se inicia la caída del cabello y la pérdida de visión. Antes de ocho meses, la piel se desprende en escamas del tamaño de una uña. El que llega a diez meses, con la carne pegada a los huesos, es un ser afortunado. La mayoría, no…

—Basta, no sigas —dijo Yaddan, en vista de la agitación que se había apoderado de la muchacha—. Dejemos este tema Tryna; te altera mucho y eso no es bueno. Dispénsame por haberte obligado a hablar.

—Aún tendría que decirte más cosas, pero lo haré otro día. De todas formas, ha sido un pequeño desahogo y lo estaba necesitando —sonrió ella.

—Seguiremos otro día, Tryna. Ahora te diré una cosa que no puedo callar: me alegro mucho de que no estés casada.

Tryna le dirigió una cálida mirada.

—Eso significa que tú también eres soltero, Silver —dijo.

—Aún no he encontrado a la mujer de mis sueños —confesó él.

—¿Ha de tener alguna característica especial?

—Sobre todo, ha de parecerse mucho a ti.

Hubo un momento de silencio.

Yaddan y Tryna se contemplaban recíprocamente, muy juntos. De pronto, los brazos masculinos ciñeron el talle de la joven.

Tryna sonrió con expresión maliciosa.

—¿Quieres comprobar si soy la mujer de tus sueños? —preguntó.

La respuesta de Yaddan no tenía palabras. Simplemente, la besó.

—¿Qué te parece, Silver? —preguntó Tryna días más tarde, dando

unas cuantas vueltas sobre sí misma.

—Estupendo, maravilloso, sensacional…

Tryna se sentía halagada por la admiración de que era objeto. La piel había resultado ser mucho más suave de lo calculado en un principio y ahora ella se había fabricado un ceñidor para el pecho y unos pantalones cortos, que la favorecían notablemente. Yaddan se había encargado de los mocasines, que se prolongaban hasta cerca de la rodilla.

—Lo importante es la cuestión práctica —dijo ella—. Ahora me siento mucho mejor y…

De repente, sonaron voces en las inmediaciones.

—¡Silencio, Tryna! —exclamó Yaddan precipitadamente—. ¡Al suelo, rápido!

Ella obedeció en el acto. Agarró el arco y las flechas y consultó al joven con la mirada.

—Ven, sígueme arrastrándote —indicó él.

Las voces se escuchaban muy próximas. Había rastros del campamento que no se podían borrar en unos minutos, pero lo interesante era ganar un buen escondite.

Unos arbustos les ocultaron a los pocos instantes. Entre las voces que se escuchaban, había algunas femeninas.

—¿Hay mujeres guerreros en K'tar? —preguntó Yaddan con un susurro.

—Sólo como elemento decorativo; guardias de honor y cosas así; pero nunca combaten, como los hombres.

—Ahí, sin embargo, oigo a varias…

—Me parece que ya sé de qué se trata, Silver —murmuró Tryna.

De súbito, una veintena de personas aparecieron en el claro. Había cinco o seis mujeres, todas ellas jóvenes y bien parecidas; el resto eran hombres, armados en su mayoría.

De los hombres, seis eran soldados, a juzgar por su uniforme, y estaban armados, además de con sus pistolas solares, con sendas lanzas de casi cuatro metros de largo, terminadas en unos hierros de punta sumamente afilada y hoja muy cortante. Los restantes varones vestían con gran elegancia y se movían con ademanes afectados.

—Pertenecen a la corte de Datius-1000 —susurró Tryna—. Han venido de cacería.

—¡Ah! —contestó él en el mismo tono.

—Creo que por aquí no encontraremos ninguna presa —dijo uno de los recién llegados—. Tengo la sensación de que hemos equivocado el lugar de aterrizaje.

—¿Y para eso hemos hecho un viaje tan largo? —se quejó una de las mujeres.

Yaddan y Tryna cambiaron una mirada.

En silencio, sin necesidad de pronunciar una sola palabra, se dijeron lo que tenían que hacer. Había una astronave en las inmediaciones.

Pero todas sus ilusiones se deshicieron en un instante, cuando escucharon casi en el acto al que parecía llevar la voz cantante de cuantos acababan de llegar a Shavinn.

—Teniente Kordul, diga a sus hombres que monten el campamento. Hemos de permanecer aquí una semana cuando menos, hasta que venga la nave a recogernos.

—Sí, señor.

—Es cuestión de esperar una semana tan sólo —dijo Yaddan—. No podemos perderles de vista, pero tampoco hemos de permitir que nos encuentren.

—Piensas apoderarte de la nave, Silver —advino Tryna.

—Exactamente. Es la única forma de salir de aquí, ¿no te parece?

Ella se quedó pensativa durante unos momentos.

—¿Iremos a K'tar, Silver? —preguntó al cabo.

—Allí iba cuando me torpedearon —contestó él.

—¿Por qué? Aún no me lo has dicho…

Yaddan sonrió.

—El «struvium» es el culpable —respondió.

Tryna le miró fijamente.

—Creo que empiezo a comprender —dijo.

—Lo siento. A ti ya no puedo ocultártelo. Soy agente del gobierno terrestre —confesó Yaddan.

—Algo sospechaba yo —dijo Tryna—. Realmente, no te lo puedo reprochar; comprendo vuestra postura, pero…

—Si vuestro movimiento triunfase y Datius-1000 fuese derrocado, seguiríais observando la misma política con respecto al «struvium», ¿no es cierto?

—Tengo que admitirlo, Silver. No podría engañarte, aunque pienses mal de mí.

Yaddan sonrió.

—Eres de K'tar y estás en tu derecho al pensar así —declaró.

—Si salimos de aquí, te ayudaré a volver a la Tierra, Silver. No me pidas, en cambio, que te ayude a conseguir un solo miligramo de «struvium» —dijo Tryna resueltamente.

Yaddan seguía sonriendo.

—Con la muestra de «struvium» o sin ella, no me gustaría volver solo a la Tierra —manifestó.

—Si te refieres a mí, lo siento, Silver. Tengo mucho que hacer en mi planeta, suponiendo, naturalmente, que consigamos derrocar a Datius-1000.

—Oh, las mujeres que se meten en política —suspiró—. Cuando lo hacen, son mil veces peores que los hombres.

—Hay muchas cosas que hacer en K'tar, demasiadas injusticias que corregir, barrer la corrupción…

—Sí, sí; ya lo sé, no continúes, por favor. De todas formas, hagamos un trato.

—Dime, Silver.

—Seremos aliados hasta que consigamos escapar de Shavinn.

Tryna vaciló un instante.

—Está bien, de acuerdo —contestó—. Pero sólo hasta el instante en que salgamos de este planeta, Silver.

—Es suficiente, Tryna.

Aquella noche acamparon separados.

Yaddan estaba de un humor de perros.

—¿Por qué tendrá que intervenir la política en nuestros asuntos personales? —se preguntó, inquieto y desasosegado.

Sonó un grito terrible.

El campamento de los cazadores se puso en conmoción. Gritaron los hombres y chillaron las mujeres. Las pistolas solares chasquearon.

Yaddan y Tryna, alarmados, estaban ya en posición defensiva. El jaleo en el campamento parecía ser grande.

Un árbol empezó a arder por la copa. Alguien dijo:

—No tendremos más remedio que matar a este pobre hombre para evitarle sufrimientos.

—¿Qué diablos pasará? —masculló Yaddan.

—Cuidado, Mardov —dijo alguien con voz severa—. Queuei es mi

hermano y no toleraré que nadie le toque un pelo de la ropa.

—Teniente Kordul, ¿olvida usted que está a mis órdenes? —gritó coléricamente el llamado Mardov.

—Todavía podemos salvar a mi hermano. En K'tar hay médicos…

—La nave está a punto de llegar y nosotros no hemos conseguido aún una sola presa. Nos quedaremos aquí todo el tiempo que sea preciso. Teniente, recuerde usted que su Máximo Honor les puso a usted y a sus hombres directamente bajo mis órdenes, sin restricción alguna.

—En cuanto, llegue la nave, nos marcharemos…

Yaddan se puso en pie.

—¿Adónde vas? —preguntó la muchacha.

—Quiero solucionar ese conflicto —respondió él—. Y también ganar un amigo —añadió—. Me imagino lo que ha sucedido y como yo lo pasé también, voy a ayudar a ese pobre desgraciado.

—¡Oh! —dijo Tryna, comprendiendo el sentido de aquellas palabras.

Yaddan echó a andar hacia el campamento. Tryna dudó unos instantes, pero acabó por seguirle, aunque no llegó a hacerse visible.

—¡Hola! —dijo Yaddan, apareciendo de pronto ante los expedicionarios—. ¿Necesitan ayuda?

Un par de hombres le apuntaron en el acto con sus armas. Yaddan levantó la mano.

—Vengo en son de paz —declaró—. He oído unos gritos y supongo de qué se trata. Ah, mi nombre es Silver.

—Soy Mardov —se presentó un sujeto de unos cuarenta años, de expresión altanera y arrogante—. Jefe de esta expedición —agregó.

—Encantado —contestó el joven. Miró al hombre tendido en el suelo y dijo—: Ha sido atacado por una araña gigante, creo.

—Sí —intervino el oficial de la escolta—. Ninguno nos enteramos hasta que fue demasiado tarde…

—Morirá sin remisión —aseguró Mardov—. Y padecerá de un modo horrible. Por eso yo proponía acabar con sus sufrimientos…

—En estos momentos, sus sufrimientos no son físicos —dijo Yaddan —. ¿Quién está al mando de la tropa?

—Yo. Soy el teniente Kordul. Él es mi hermano, sargento Queuei, mi segundo en el mando.

Una mujer joven, morena, de formas generosas y ojos ardientes, se acercó al recién llegado.

—Me llamo Dúvya —se presentó.

—Es un placer conocerla, señora —sonrió Yaddan.

—¿Puedo saber qué hace usted en este planeta, Silver? —preguntó Mardov.

—Más o menos, lo mismo que ustedes. Pero hace años, a un amigo mío fue atacado por una de esas arañas. El me enseñó cómo salir del paso.

—¿Es cierto? —preguntó Kordul ansiosamente.

—Por supuesto. ¿Tendrán ahí una caja con elementos de primeros socorros, me imagino?

—Sí, señor —confirmó el oficial.

—Tráigala, se lo ruego.

Yaddan se arrodilló junto al herido, cuya juventud apreció en el acto. Mirándole con simpatía, dijo:

—No temas, saldrás adelante.

La voz de Mardov, chirriante, sonó a pocos pasos de distancia:

—Silver… ¿dónde habré oído yo este nombre antes de ahora?

En cambio, la voz de Dúvya tenía otros matices muy distintos:

—¡Qué tipo, por los diez mil genios, qué tipo!

La operación había concluido satisfactoriamente, sin riesgos para el paciente. Al terminar, Silver ordenó que quemasen el huevo.

Un soldado le trajo una palangana con agua, en la que echó algunas gotas de desinfectante. Mientras se lavaba las manos, Yaddan se dirigió al oficial:

—Kordul, ¿tardará mucho su nave en llegar?

—Ya debía estar aquí, señor —respondió el interpelado.

Yaddan empezó a secarse las manos. Estaba dándole vueltas al magín, para ver la forma mejor de apoderarse de la astronave y volar hasta K’tar.

Pero Mardov no le quitaba la vista de encima. Aquel tipo, sin duda uno de los privados de Datius-1000, le ponía nervioso.

Dúvya se le acercó, sinuosa e incitante.

—¿Irás a K’tar con nosotros, Silver? —preguntó.

—¿Te importaría, hermosa Dúvya?

Ella hizo aletear unas pestañas muy frondosas.

—Me agradaría —contestó.

Alguien gritó en aquel momento:

—¡La nave está a punto de aterrizar!

Los músculos de Silver se tensaron. Todavía no había decidido ningún plan y…

Mardov lanzó de pronto un chillido:

—¡Ahora lo recuerdo! ¡Es Silver Yaddan, el espía terrestre! ¡Deténgalo, teniente!

Kordul vaciló. Sentíase agradecido al hombre que había salvado la vida de su hermano y le repugnaba cumplir una orden poco grata.

—¡Hay un millón de «datianos» de recompensa por la cabeza de ese hombre! —exclamó Mardov con voz tonante.

Y, de súbito, sacó su pistola solar. Pero no tuvo tiempo de utilizarla. Algo silbó por los aires.

Un palito emplumado apareció en el pecho de Mardov, de cuyos labios se escapó un ronco gemido. Vaciló un poco y se derrumbó al suelo, con el corazón atravesado por la flecha que había disparado Tryna.

Yaddan reaccionó y sacó su pistola.

—¡Que nadie se mueva o lo abrasaré vivo! —amenazó—. ¡Tryna!

Pero la joven no contestó. Yaddan, recelando algo, echó a correr en dirección al lugar donde suponía que la astronave había aterrizado.

—¡Sígame, Kordul! —gritó, en el momento de arrancar.

—Nadie dispare contra ese hombre —ordenó el oficial—. Todavía no está comprobado que sea el espía terrestre.

Yaddan agradeció mentalmente las palabras de Kordul. El oficial correspondía, sin duda, al favor que le había hecho al salvar la vida de su hermano.

La astronave descansaba ya sobre el suelo. Tryna se disponía a saltar a su interior a través de la escotilla abierta.

Capítulo VI

UN hombre se retorcía en el suelo, con el muslo izquierdo atravesado por una flecha. Era el piloto, sorprendido por Tryna en el momento de desembarcar del aparato.

—¡Alto, Tryna! —gritó Yaddan—. No te muevas o dispararé.

Ella se volvió y le miró indignada.

—No te atreverás, Silver —contestó.

—Da un solo paso más y lo sabrás —dijo él, resuelto.

—Señor, ¿qué es lo que debo hacer? —consultó Kordul.

—Aguarde un momento, por favor —rogó Yaddan.

El joven avanzó unos pasos más.

—Tryna, no me gustan las traiciones —dijo.

—Hicimos un trato…

—Que tú estabas a punto de romper —acusó Yaddan.

Tryna enrojeció.

—No puedo detenerme en consideraciones morales —respondió, desafiante, a pesar de todo.

—Nos iremos juntos o no nos iremos —afirmó Yaddan—. Teniente, ¿siente gratitud todavía hacia mí?

—Por cierto, señor —contestó Kordul—. ¿Qué es lo que debo hacer?

—Alguien enviará a recogerles. Su hermano curará, como curé yo.

—Oh, usted dijo que había sido un amigo…

Yaddan se echó a reír.

—Fue una mentira inofensiva —dijo—. Repito que su hermano curará y se restablecerá por completo. Pero quiero que desempeñe el papel de engañado. Deme su pistola, se lo ruego.

Kordul obedeció sin vacilar.

—En confianza, si son enemigos de esos parásitos, son amigos míos —declaró en voz baja—. Pero hay veces en que es forzoso obedecer, compréndalo, Silver.

—Le entiendo perfectamente, Kordul. Gracias —dijo Yaddan, al hacerse cargo de la pistola del oficial—. Levante las manos, rápido —añadió precipitadamente.

Se acercaba gente. Kordul era un tipo inteligente y comprendió en el acto las intenciones de Yaddan.

—No disparen —dijo—. Este hombre me apunta con su pistola y podría matarme.

Todos los que llegaban se quedaron inmóviles, salvo una persona.

—Eres un hombre listo —dijo Dúvya—. Te admiro sinceramente.

—Gracias —respondió Yaddan sonriendo—. Lamento dejarte aquí, pero no tengo otro remedio.

—Ya vendrán a buscamos, no te preocupes. —Dúvya bajó repentinamente la voz—. Me gustaría verte de nuevo en mi casa —añadió.

—No sé dónde vives…

—Pregunta por mí en «La Casa de los Mil Soles». No te será difícil encontrarla. Repito, me gustaría verte otra vez.

Yaddan hizo un ligero gesto de asentimiento.

—Sí, Dúvya —contestó.

Y empezó a retroceder hacia la escotilla de la astronave.

Momentos más tarde, el aparato despegaba del suelo de Shavinn, pilotado por la propia Tryna.

Dos horas después, Yaddan sintió que algo puntiagudo se apoyaba en su cuello.

—Lo siento, Silver —dijo la joven—. Tengo el arco tendido y espero que te des cuenta de lo que esto quiere significar.

—Simplemente, debo dejar mis armas.

—En efecto. Nuestra asociación, según el pacto, ha terminado ya —declaró Tryna en forma tajante.

Tryna no le había registrado a fondo, después de encerrarlo en uno de los camarotes de la nave, en el que viajó hasta K’tar. Una de las cosas de las que Yaddan no se había desprendido en ningún momento, salvo en los días que siguieron al ataque de la araña gigante, fue su cinturón,

en cuyo forro tenía una buena provisión de moneda de K'tar.

Esto le permitió vivir sin apuros durante dos largas semanas en la capital del planeta. K'tar estaba relativamente poco poblado.

La mayoría de sus habitantes se concentraba en tres o cuatro grandes ciudades, un par de docenas de pueblos y aldeas y varias entidades menores de población. En total, los habitantes del planeta no llegaban a cuarenta millones.

K'taria, la capital, contaba con algo más de millón y medio de habitantes. En general, era un mundo rico, aunque no por sus industrias. Yaddan sabía bien de dónde procedía la riqueza de aquel planeta.

Había ido a K'tar con una misión bien definida: apoderarse de una muestra de «struvium». Sin embargo, aquel precioso mineral era uno de los secretos mejor guardados. Su detección era sumamente sencilla y, por tal razón, no había un solo viajero que consiguiese sacar siquiera un gramo de manera ilegal.

Los detectores acusaban cantidades infinitesimales, incluso de una milésima de miligramo, en el equipaje del presunto contrabandista. La pena era única: reclusión en una de las minas de «struvium».

Esto significaba la muerte antes de un año. Pero a Yaddan le interesaba, por lo menos, que la muestra que debía llevarse pesara un par de kilos.

Se suponía que el «struvium» podía sintetizarse. No obstante, y pese a conocerse, en cierto modo, su composición, todos los esfuerzos realizados habían resultado inútiles hasta el momento.

Era preciso llevar una muestra de buen tamaño, en la que los físicos y químicos de la Tierra pudieran trabajar sin restricciones. Yaddan había estado una vez en K'tar, llegando casi a conseguir el objetivo, pero, en el último instante, había cometido un error y no tuvo otro remedio que escapar de mala manera.

Ahora, sin embargo, debía triunfar. Pero Datius-1000 le tenía «fichado». Esta vez no habría escapatoria. Todo dependía del humor de su Máximo Honor cuando le capturase: si era bueno, se contentaría con enviarlo a una mina de «struvium».

Si aquel día, suponiendo que la captura llegara a producirse, Datius-1000 estaba de mal humor… Bueno, era preferible no pensar en lo que aquel bárbaro podía hacer con un prisionero para ponerse de un buen humor.

La «Casa de los Mil Soles» estaba ya a la vista. Habían transcurrido

casi tres semanas desde su escapatoria de Shavinn, y Yaddan calculaba que Dúvya había tenido tiempo sobrado de regresar a K'tar.

Entró en local. Allí abundaba el dinero.

Los «datianos», nombre que se había dado últimamente a la moneda del planeta, en honor de su máximo jerarca, circulaban en cantidad.

«Es una riqueza ficticia», pensó Yaddan.

El día en que se les acabase el «struvium», K'tar se iría a la ruina.

Se acercó al mostrador y pidió una copa de vino indígena.

—Del mejor, por supuesto —dijo el mozo.

—¿Tengo cara de beber vino corriente? —sonrió Yaddan, a la vez que lanzaba un billete de diez «datianos» sobre el mostrador.

—Usted no dejaría siquiera que yo descorchase una botella de mal vino, señor —dijo el barman obsequiosamente.

Yaddan paladeó el vino. Era bueno de veras, apreció.

—¿Otra copa, señor? —sugirió el mozo.

Un segundo billete cayó sobre el mostrador.

—Perdón, señor, pero había dinero de sobra…

—Ese es para usted, amigo —indicó Yaddan—. Necesito una información.

—Sí, señor, lo que usted quiera.

—¿Dónde puedo encontrar a Dúvya?

Una singular sonrisa apareció en el rostro del barman.

—Si se llama usted Silver, le diré que ella le aguarda desde hace tres días —manifestó—. Entre por la puerta del fondo y verá la de un ascensor privado. Pulse el botón de llamada. —El individuo tosió discretamente—. Muchos son los que lo hacen, pero es raro que ella abra la puerta desde arriba para que alguien suba a su departamento.

Yaddan sonrió.

—Son unas excelentes noticias —comentó.

El ascensor sólo funcionaba por medio de los mandos instalados arriba. Cuando Yaddan abandonó el aparato, se encontró en una sala de forma semicircular, decorada de un modo aparentemente sencillo, pero, en realidad, con un lujo fantástico, que sólo los más entendidos sabían apreciar.

La sala daba a una gran terraza ajardinada, desde la que se divisaba una extensa panorámica de K'taria. Al fondo, en el lado opuesto de la ciudad, se veía la colina donde se hallaban el palacio de Datius-1000 y

otros edificios, como cuarteles y despachos gubernamentales. Tenía todo el aspecto de una acrópolis antigua, con el palacio como remate.

Yaddan se acercó un tanto a la larga vidriera que comunicaba con la terraza. De pronto, oyó una voz a sus espaldas:

—¿Sorprendido, Silver?

Yaddan giró en redondo. Durante unos segundos, contempló en silencio a la bella mujer que tenía frente a sí.

Dúvya llevaba el cabello suelto, como una cascada de hilos de negro azabache, hasta más abajo de la cintura, y su única prenda era una especie de velo que parecía hecho de un tejido inexistente. Sonreía y sus labios rojos eran una invitación que el visitante no podía desconocer.

—Yo diría más bien asombrado, y no de tu hermosura ciertamente, que ya supe apreciar en Shavinn —contestó él—. Nunca me imaginé encontrarte en este lugar, Dúvya.

—¿Por qué no? Soy la propietaria, Silver. ¿Quieres beber algo?

—¿Beberemos los dos lo mismo?

Ella rió suavemente. Llenó dos copas y le ofreció una, acercándosele hasta que los dos cuerpos casi se rozaron.

—Eres un hombre apuesto, pero todavía tienes otra cualidad mejor: valiente. He conocido a muchos hombres atractivos, que luego resultaron ser unos cobardes. Ése no es tu caso, Silver —dijo Dúvya.

—Me elogias demasiado —contestó él—. No soy ni más ni menos que otros…

—¿Por qué no nos sentamos en ese diván? —propuso la mujer—. Hablaremos con más comodidad, ¿no te parece?

—No hay inconveniente —accedió Yaddan.

Dúvya se reclinó con simulada languidez. En realidad, lo que pretendía era hacer resaltar la esplendidez de sus formas.

Sus ojos, oscuros, de magnético fulgor, contemplaban de un modo inquisitivo a su visitante.

—¿No me dices nada, Silver? —preguntó de repente.

—Estoy mudo de admiración…

—No sigas, ya sé que soy hermosa y no debes repetirlo con tanta frecuencia. ¿Por qué no hablas mejor de la misión que te ha traído a K’tar?

Capítulo VII

YADDAN apuró su copa y la dejó a un lado.

—Me gustaría saber quién te ha contado una cosa semejante —dijo.

Dúvya sonrió enigmáticamente. Alargó la mano hacia una mesita contigua y tomó un papel, que desdobló a continuación, colocándolo de forma que quedase frente a los ojos del joven.

—Hay miles de pasquines como éste repartidos por las ciudades de K'tar —dijo—. Se ofrece un millón de «datianos» por tu cabeza, vivo o muerto.

Yaddan se acarició la barba que se había dejado crecer.

—Estoy muy parecido, en efecto —convino, refiriéndose al retrato que adornaba el cartel de recompensa—. ¿Piensas ganarte el millón de «datianos»?

Dúvya arrojó el papel a un lado.

—Si lo hubiese querido ese dinero, ya no estarías aquí —contestó.

—El mozo que me atendió puede intentar ganarse la recompensa.

—No lo hará —aseguró ella.

—¡Hum! Permíteme que lo dude.

—Como quieras, pero aquí estás en el sitio más seguro de la capital. ¿No te parece que, de haber querido traicionarte, hubieran estado aguardándote abajo varios de los patrulleros de Datius-1000?

—Es probable que tengas razón. Pero, en todo caso, soy tu amigo.

—Sólo políticamente, Silver.

—Ah, estás en contra de lo que represento.

—En cierto modo. Sin embargo, te diré una cosa.

—Habla, te escucho.

—No te ayudaré en absoluto. No te he llamado para conspirar ni contra Datius-1000 ni a favor de quienes le combaten. El juego político me deja indiferente. ¿Entendido, Silver?

Yaddan hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, Dúvya —contestó.

—A decir verdad, y aunque no fuese más que por la recompensa, debiera haberte delatado —dijo ella—. Tú representas un futuro inconveniente para mí, por no decir otra cosa peor. Pero no puedo evitarlo, me resultas simpático, aun sabiendo que pasaste tantos días en Shavinn junto a esa tonta conspiradora.

—¿Te refieres a Tryna Ruck?

—Justamente. —Dúvya apuró el vino que aún quedaba en su copa y la dejó a un lado—. Es de la clase de personas ingenuas que creen que, con cambiar el sistema, van a modificar radicalmente las cosas, de la noche a la mañana, y que K'tar se convertirá en un idílico edén, donde todos se amarán como hermanos, habrá ósculos de saludo, desaparecerán las desigualdades y no habrá más corrupción… ¡Bah, ilusos, pobres ilusos! —exclamó ella con claro acento de desprecio.

—Muy escéptica te muestras en este sentido, Dúvya —comentó Yaddan.

—Lo soy, porque conozco a algunos de los que forman parte de la conspiración, en la cual esa guapa estúpida está metida hasta el cuello. Quizá sea Tryna la única idealista de todos, ¿comprendes?

—Desde luego, Dúvya. Entonces, no te importa que yo haya venido aquí por…

—Por el «struvium», sí —afirmó la mujer—. Eso es algo que no me da ni frío ni calor, Silver.

—Eres muy joven, pero tienes una gran experiencia de la vida.

Dúvya se puso seria de pronto.

—Empecé muy joven, casi una niña —contestó—. He recibido muchos golpes y no sólo morales. A veces me siento amarga y cáustica, sin poder evitarlo. Pero si no hubiera sido fuerte, no habría llegado al lugar en que me encuentro.

—Muy apetecible, por cierto —sonrió Yaddan.

De repente, ella abandonó la actitud casi hostil que había mostrado momentos antes.

—Si te invité a visitarme, no fue para hablar de política, Silver —dijo, a la vez que le tendía los brazos, de mórbidos contornos.

—Creo que ahora puedo hacerte yo algunas preguntas, sobre todo después que hace mucho rato que no hablamos de política —dijo Silver.

Dúvya lanzó una alegre carcajada.

—¿Tienes mucho interés en ello, Silver? —preguntó.

—Moderadamente, puesto que me interesa conocer la postura de ambas partes en conflicto.

—Tú estás en medio. Ten cuidado no acabes como una nuez en el cascanueces.

—Procuraré evitarlo, Dúvya. Pero antes hiciste ciertos comentarios sobre los conspiradores amigos de Tryna. Tendrás algún motivo, supongo.

Dúvya empezó a cepillarse el pelo ante el espejo.

—Hablan más de la cuenta, en primer lugar —dijo—. Además, vienen por aquí y no se comportan precisamente de una forma mesurada, sino todo lo contrario. Si ahora, que no son nadie, actúan así, ¿qué harán cuando tengan el poder y, prácticamente, nadie pueda pedirles cuentas?

—Creo que voy comprendiendo —murmuró Yaddan.

—Hay chicas en mi negocio. Naturalmente, tengo reservados. Tarde o temprano, acabo por conocer a los más asiduos y saber de qué pie cojean. No les pido informes a mis chicas, pero ellas acaban por decirme muchas cosas.

—No hay cosa mejor para desatar las lenguas que el alcohol y una mujer hermosa.

—Aparte del látigo, claro —rió Dúvya—. Pero así como no me interesan las actividades de esos conspiradores, tampoco permití que Dumpker instalase micrófonos secretos en los reservados.

—¿Quién es Dumpker? —preguntó Yaddan.

—En tu planeta le llamarían ministro de policía o algo por el estilo. No sólo se ocupa del orden público, sino también del espionaje.

—Entiendo. Pero ¿no tuviste roces con ese tipo?

Dúvya lanzó otra carcajada.

—Si Dumpker no fuese general-ministro, estaría al lado de los conspiradores —contestó—. Y, ¿sabes lo que buscan los unos y los otros?

—Dímelo tú, por favor.

—Dinero, poder… ¿Qué otra cosa ambicionan? Me entiendo bien con Dumpker, créeme. Está en mi nómina, ¿sabes? Hemos llegado a un

acuerdo; mi negocio es una especie de isla, en donde, salvo en casos estrictos que se refieren a alteración de orden público, sus agentes no pueden intervenir aquí para nada. Pero él sabe también que yo soy neutral, Silver.

—Excepto conmigo, Dúvya.

Ella se volvió hacia Yaddan y le tendió los brazos nuevamente.

—En rarísimas ocasiones hago una excepción —murmuró en tono cálido—. Es más, yo diría que es la primera.

—De todo lo cual me siento muy honrado, pero, antes de seguir adelante, dime una cosa, Dúvya.

—¿Qué es, Silver?

—Los nombres de los conspiradores amigos de Tryna.

La mejilla de Dúvya se frotó contra la de Yaddan.

—Hay tiempo —susurró—. Eso no es cosa importante ahora, querido.

Faltaba muy poco para amanecer. Dúvya descorrió en la oscuridad la vidriera que daba a la terraza.

—Al fondo, a la derecha, hay una escalerita de caracol que da a la calle trasera —indicó—. Yo abriré la puerta desde aquí.

Yaddan sonrió, a la vez que se inclinaba para besarla en una mejilla.

—Ha sido una entrevista muy fructífera —dijo—. En todos los sentidos, por supuesto.

—Ten cuidado —advirtió ella—. No me importa lo que te ha traído a K'tar, pero si los esbirros de Dumpker te capturasen, yo no podría hacer nada en tu favor.

—Dumpker invocaría el pacto que hay entre los dos, ¿no es así?

—Lamentablemente, tendría que respetarlo. Fui pobre, Silver, como quizá no puedes darte una idea. He llegado a crearme una magnífica posición y no me gustaría perderla. Ni por ti, ni por nadie, claro.

—Hablar con franqueza, siempre da buenos resultados. Lo tendré en cuenta, Dúvya. Pero, dime, ¿podré volver a visitarte?

Los ojos de la mujer brillaron.

—Cuando vengas, habla con Trnok, el barman —dijo—. Él me avisará de tu presencia en el local.

Yaddan apretó amistosamente el brazo de la mujer y corrió hacia la escalerilla de caracol, que se hundía en el suelo de la terraza, junto a una de las esquinas. La puerta que daba a la calleja ya estaba abierta y

se cerró apenas hubo traspasado el umbral.

Entonces sonó una voz a cuatro o cinco pasos de distancia:

—No se mueva, Silver Yaddan. Le estamos apuntando con nuestras pistolas solares y si hace un solo gesto sospechoso, le convertiremos en cenizas.

En la penumbra del amanecer, Yaddan entrevió media docena de siluetas que formaban un semicírculo en torno a él. Alzó las manos, resignado.

—Me rindo —dijo lacónicamente.

Un hombre avanzó hacia él.

—Es una actitud sensata, Silver —elogió—. Soy el general-ministro Dumpker.

—Ah, ya me han hablado de usted, señor. No puedo afirmar que sea un placer conocerle, pero en fin, aquí estoy.

Dumpker hizo un gesto con las manos. Dos soldados se precipitaron sobre el joven y le despojaron de su pistola solar. Acto seguido, le colocaron unas esposas magnéticas en las muñecas, que quedaron a sus espaldas.

—Desearía hablar con usted a solas unos momentos, señor —solicitó el prisionero.

—No hay inconveniente —accedió Dumpker—. Déjennos solos —ordenó.

Los soldados se retiraron.

—Hable, Yaddan —invitó Dumpker.

El joven miró un instante a su interlocutor. Era un hombre alto, macizo, de unos cuarenta y tantos años y de rostro no del todo desagradable.

—Me gustaría saber qué va a ser de mí, señor —manifestó, tras unos segundos de silencio.

—Eso es algo que sólo su Máximo Honor puede decidir, Yaddan —contestó Dumpker.

—Entiendo. Una bonita trampa, general-ministro.

—Sabíamos que tarde o temprano acudiría a visitar a Dúvya. Sólo era preciso montar un discreto servicio de vigilancia en el local.

—Pero no me detuvieron… Ah, ahora recuerdo; usted tiene establecido un pacto con Dúvya.

Dumpker inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Habrá podido ver que he respetado ese pacto, Silver —contestó—. A ella y a mí nos conviene seguir en esta situación. Es más, Dúvya ha presenciado su detención desde el borde de la terraza. Podría haber usado una pistola solar contra nosotros para defenderle a usted. Pero también ha sabido respetar el pacto.

—Da gusto tratar con gente que mantiene la palabra dada, general-ministro —suspiró Yaddan—. Estoy listo, señor —añadió.

—Habrá visto que, por lo menos, le hemos dejado pasar la velada en compañía de la hermosa Dúvya —sonrió Dumpker—. ¿Resultó agradable?

—De imborrable recuerdo, señor —contestó el terrestre melancólicamente.

—Está bien, ya podemos irnos —exclamó Dumpker.

Los soldados flanquearon a su prisionero y la pequeña comitiva emprendió la marcha de inmediato hacia un vehículo que se divisaba a unos treinta pasos de distancia.

Las esposas electromagnéticas eran dos simples argollas, separadas por una distancia de ocho o diez centímetros. Uno de los soldados, calculó Yaddan, debía de llevar la batería que, por medio de energía radiante, mantenía las esposas en posición, impidiéndole separar las manos.

Pero, a fin de cuentas, radiante o no, se trataba de electricidad. Y Yaddan entendía algo.

El propio Dumpker abrió la portezuela del vehículo.

—Entre, Silver —ordenó.

Yaddan se volvió de espaldas, como para acomodarse mejor al vehículo. Pero, en realidad, lo que hizo fue acercar las manos al borde metálico de la portezuela.

Capítulo VIII

UN vivísimo chispazo, acompañado de un sonoro estallido, brilló en el mismo instante. Uno de los soldados se desplomó gritando.

Era el portador de la batería. Dumpker vaciló, deslumbrado por el fogonazo causado por el cortocircuito.

Los soldados vacilaron. Yaddan saltó hacia el general-ministro y, antes de que sus secuaces pudieran reaccionar, medio cegados todavía por el fogonazo, le arrebató la pistola solar.

—Nadie se mueva —ordenó a continuación, con el arma apuntada a la cabeza de Dumpker—. Un solo gesto y este hombre se convertirá en humo.

Hubo un instante de silencio. Dumpker no había reaccionado todavía.

—Tiren las armas al suelo —añadió Yaddan.

Seis pistolas cayeron sobre el pavimento. Yaddan continuó:

—El general-ministro viene conmigo. Permanezcan quietos en el mismo sitio durante una hora. Si antes de ese tiempo nos ataca alguien, su excelencia morirá.

Ninguno de los soldados se atrevió a moverse. Con la mano izquierda, Yaddan empujó a su prisionero.

—Entre —ordenó—. Usted mismo pilotará el aeromóvil.

Dumpker no tenía ninguna opción. Obedeció en silencio y, segundos más tarde, el aparato se elevaba raudamente por el aire.

—Muy listo, realmente listo, Silver —comentó Dumpker a los pocos momentos—. Romper sus esposas mediante un cortocircuito es algo que no se me hubiera ocurrido a mí.

—No es por despreciarle, pero en la Tierra ya no se usa ese procedimiento. Tuvo su época de novedad hace muchísimos años, pero luego se volvió a los medios clásicos.

—Pudo haber muerto electrocutado.

—Era un riesgo que debía correr. Pero si se fijó en mí, en el momento de acercar las esposas al borde de la portezuela, di un ligero salto hacia arriba. Mis pies quedaron separados del pavimento cosa de diez o quince centímetros.

—Muy inteligente, Silver. Por favor, ¿qué rumbo debo tomar? Todavía no me ha dicho nada al respecto…

—Elévese a mil metros y conecte el piloto automático; eso es todo.

Dumpker obedeció. Detrás de él, Yaddan vigilaba atentamente los instrumentos de marcación.

Un minuto más tarde, Dumpker informó que la orden se había cumplido por completo. Entonces, Yaddan, cambiándose la pistola a la mano izquierda, agarró con la otra el blusón que Dumpker llevaba puesto y lo rasgó de arriba a abajo.

—Las manos, atrás —ordenó.

Momentos más tarde, Dumpker quedaba inmovilizado. Yaddan enfundó la pistola y tomó los mandos.

—Todavía no me ha dicho adonde me lleva, Silver —se quejó el prisionero.

—Sea paciente, pronto lo sabrá —contestó Yaddan.

Al cabo de una hora, el aeromóvil tomó tierra a unos trescientos kilómetros de la ciudad, en un paraje desierto.

Yaddan hizo desembarcar a su pasajero. Desde la portezuela, sonrió jovialmente:

—Sus esposas son de tela solamente, general-ministro —dijo.

Los ojos de Dumpker llameaban de ira.

—Silver, váyase de K'tar. Le espera una pala en una mina de «struvium» —amenazó.

—Hombre, ahora que lo dice, tal vez me conviniera hacer de minero una temporadita —exclamó el joven—. Adiós, señor.

El aeromóvil se remontó instantes después. Yaddan consultó los indicadores de carga.

Había suficiente para mantenerse en vuelo durante días enteros. Pero Yaddan no pensaba volar tanto tiempo.

A cien kilómetros de la capital, perdió altura y evolucionó sobre una

zona particularmente boscosa. No lejos de aquel lugar, divisó lo que parecía una granja.

El aeromóvil quedó entre los árboles, bien oculto. Yaddan se apeó y, sin pérdida de tiempo, se encaminó hacia la granja.

—Una de las cosas buenas de este planeta es el excelente servicio de comunicaciones —murmuró Yaddan, mientras señalaba una cifra en el teclado del videófono del granjero.

El soñoliento rostro de Dúvya apareció a los pocos momentos en la pantalla.

—¿Estabas dormida? —rió Yaddan—. Despiértate, mujer. ¿O es que ya no me conoces?

Los ojos de Dúvya se abrieron, llenos de pasmo.

—¡Por los cuarenta grandes genios de K'tar! —exclamó—. ¿De dónde sales, Silver?

—Viste cuando me capturaban, ¿verdad?

—Hombre, la curiosidad femenina…

—Y el pacto que hiciste con Dumpker, preciosa.

—Ese pacto no incluía ciertas condiciones, Silver —dijo ella intencionadamente.

—Lo sé, pero conseguí escapar. Otro día te contaré cómo, hermosa. Ahora necesito que me des una información.

—Soy neutral, Silver, recuérdalo.

—Lo que te pido no es comprometedor en absoluto. Sólo quiero que me indiques el domicilio de Tryna Ruck.

—Ah, la conspiradora romántica. —Dúvya se echó a reír—. Está bien, conquistador. Sus cifras son 44-E-82. ¿Enterado?

Eran una especie de coordenadas, que Yaddan repitió mentalmente, para grabarlas en su memoria.

Luego hizo un comentario:

—Los números son muy bajos, Dúvya.

—Sí, no vive precisamente en el centro de la capital. Mejor para ti, ¿verdad?

—Adiós, preciosa.

Yaddan cortó la comunicación. El granjero y su mujer se habían quedado en el exterior, a petición suya.

Diez billetes de a diez «datianos» fueron el «importe» de la comunicación. Sin querer escuchar las manifestaciones de gratitud de

los nativos, Yaddan echó a andar nuevamente hacia el aeromóvil.

Estaba cansado. Conectó el sistema de alarma, a fin de descubrir la presencia de posibles sospechosos en las inmediaciones del aparato y se tendió a dormir en uno de los asientos, convertido momentáneamente en litera.

Al atardecer se despertó. El aeromóvil tenía una despensa para casos de emergencia, lo que le vino bien para saciar su apetito.

Cuando despertó, era ya de noche. Sin prisas, despegó y voló nuevamente hacia K'taria.

Una hora más tarde, dejaba el aparato en las inmediaciones de la capital. El resto del camino lo hizo a pie.

Pronto encontró la avenida marcada con la letra E. En la intersección con la señalada con la N, halló dos números juntos: 44 y 82.

Había un aeromóvil parado ante la entrada de la casa donde vivía Tryna. Yaddan no reparó en el detalle de momento.

El edificio era bajo, de una sola planta, separado de los demás por un espacio de diez o doce metros, que servía para un pequeño jardín. Casi cuando iba a franquear la entrada al jardín, se abrió la puerta de la casa y Tryna apareció, entre dos hombres armados.

Detrás de ellos iba un tercero, sin duda el oficial comandante de la patrulla. Yaddan los vio a tiempo y se agachó en el acto tras la cerca que rodeaba el jardín.

El grupo salió sin que nadie se percatase de la presencia del joven. Yaddan se incorporó de repente y agarró al oficial por el cuello.

—Suelten a esa mujer o mataré a este hombre en el acto —dijo.

La sorpresa de los soldados fue enorme y lo mismo le sucedió a Tryna.

—¡Silver! —exclamó la joven.

Uno de los soldados tiró de ella bruscamente. Yaddan empujó al oficial con todas sus fuerzas, lanzándolo contra la pareja.

Cayeron los tres al suelo. El otro soldado quiso sacar su pistola, pero el pie de Yaddan se anticipó, golpeándole de modo fulminante en la mandíbula.

Los otros dos intentaban reaccionar. El cañón de la pistola de Yaddan se movió dos veces, con efectos contundentes, y dos hombres quedaron sin sentido sobre el pavimento.

Acto seguido, Yaddan se inclinó hacia la joven y la tendió una mano

para ayudarla a levantarse.

—Perdona el tratamiento, pero no había otro remedio —dijo alegremente.

—Pareces llovido del cielo —exclamó ella, todavía no repuesta del asombro que había sentido al ver a Yaddan—. Casi no puedo creerlo…

—Pero estoy aquí, ¿no? —Yaddan agarró el brazo de la joven—. Vámonos ya; esto es peligroso para nosotros.

—No tengo vehículo, Silver —se lamentó Tryna.

—¿Qué me dices del aeromóvil de patrulla?

Tryna entró en el aparato de modo maquinal.

—Robar un aeromóvil de patrulla es muy peligroso —dijo—. Podemos ir a las minas de «struvium»…

Yaddan lanzó una carcajada.

—Éste es el segundo —exclamó, a la vez que daba el contacto.

De repente, unos potentes faros cayeron sobre ellos.

—¡Silver, otro aeromóvil de patrulla! —exclamó la joven, aterrada.

Yaddan empujó a fondo la palanca de energía. El aparato arrancó como un cohete.

—¡Nos vamos a estrellar! —chilló Tryna, horrorizada.

El vehículo policial se desvió de súbito. Su piloto trató desesperadamente de evitar la colisión con el otro aparato, a costa de picar demasiado y estrellarse contra el suelo con sonoro estrépito.

Yaddan volvió a reír, mientras su aeromóvil se remontaba verticalmente en los aires. A su lado, Tryna, muy pálida, apenas si podía dar crédito a cuanto estaba sucediendo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó al cabo de unos minutos.

—A decir verdad, lo mejor sería buscar un buen escondite contestó él.

—Tengo algunos amigos…

—No —contradijo Yaddan en tono tajante—. No nos convienen.

—Son de confianza.

—Para ti, tal vez. Yo no confío en ellos.

—Me has salvado de un grave peligro. Te lo agradecerían, Silver.

—Prefiero pasarme sin tus manifestaciones de gratitud, Tryna, te guste o no. ¿Crees que, ahora, después de lo ocurrido, resultaría sensato acudir a uno de tus amigos? Lo mismo que yo he averiguado sus nombres, podría hacerlo Dumpker.

Tryna se quedó absorta al escuchar aquella respuesta.

—Sabes quiénes son… —dijo con voz insegura.

—Con todo lujo de detalles, incluyendo ciertas aficiones nada honestas —respondió Yaddan—. Espera, ya sé dónde podemos escondemos —exclamó de repente, pensando en la granja desde la que había hablado con Dúvya.

Los granjeros les habían cedido una habitación del piso superior. Después de comer algo, Yaddan y Tryna se retiraron.

—Nuestra separación no fue amistosa precisamente, después de lo de Shavinn —dijo él al quedarse a solas.

Tryna se sentó en la cama y juntó las manos sobre el regazo.

—Ya conoces los motivos —contestó—. Lo que no excluye que me sienta agradecida a lo que has hecho por mí.

—Bah, olvídalo, no tiene importancia. En realidad, iba a verte, aunque no me figuré encontrarte en semejantes circunstancias.

—Datius-1000 insiste en llevarme a su harén —dijo Tryna.

—Le comprendo perfectamente —sonrió él—. Pero ¿no habrá otros motivos en tu detención?

—Es posible, aunque no lo creo. Y tú, ¿sigues empeñado en conseguir una muestra de «struvium»?

—Para eso vine a K’tar, Tryna.

—Silver, te estimo muchísimo, quizá más de lo que te imaginas. Sin embargo, no cuentes que te ayude en ese aspecto.

—¿Ni siquiera a cambio de mi ayuda a vuestra conspiración?

—Lo que yo te prometiera ahora, podría ser rechazado por los demás en el futuro.

—Entiendo. —Yaddan movió la cabeza—. Lástima que te hayas metido en un asunto qué no vale la pena, Tryna.

—¿Cómo que no vale la pena? —saltó ella, indignada—. Queremos destruir la tiranía, barrer la corrupción…

—Y sustituir un gobierno por otro que no será mejor. Los que ahora no mandan, quieren conseguirlo para tener poder y dinero.

—¡No es cierto! Todos son personas de los más altos ideales…

Yaddan lanzó una estridente carcajada. Tryna le miró con asombro.

—¿De qué te ríes? —preguntó.

—De ti, no de ellos —contestó el joven crudamente—. De tu ingenuidad, de tu buena fe…

—Silver, no te tolero que hables así —exclamó Tryna, muy irritada

—. Sin duda has oído calumnias de mis amigos, que yo te prohíbo repetir, ¿me entiendes?

—Insisto en que estás equivocada. Tal vez consigáis vuestros propósitos; acaso se llegue a establecer en K'tar un gobierno más benévolo, pero será pura fachada solamente. Detrás de la blandura y la benevolencia, habrá gentes que sólo buscarán su propio interés y la forma de enriquecerse más rápidamente a costa de los sufridos ciudadanos de K'tar.

—No puedo creerte, no puedo creerte —insistió ella con vehemencia —. Los conozco demasiado bien para admitir una cosa así de ellos.

—Tengo informes absolutamente fidedignos, Tryna, te guste, o no. ¿Qué interés podría tener en hablarte así, puesto que es un asunto de política que no me interesa?

—¿Y quién dice que no te interesa la política de K'tar? A fin de cuentas, has venido aquí por el «struvium» y eso, créeme, ningún nativo de este planeta permitirá que te lleves una sola muestra del mineral.

Yaddan sonrió.

—Razón de más para mantenerme en mis afirmaciones. Si nadie me va a dar una muestra de «struvium», ¿qué interés podría yo tener en evitar que tus amigos accedieran al poder? Al contrario, si supiera que ellos me iban a ayudar en este sentido, yo les ayudaría también…

—Ni lo sueñes —cortó Tryna—. Ninguno de mis amigos, ni yo misma, por supuesto, accederíamos a tus pretensiones, aunque tuviéramos la seguridad de que tu ayuda iba a permitir el derrocamiento de Datius-1000.

—Estás engañada, cuando menos, en lo que respecta a tus amigos. Hay algunos que se prestan a las mayores indignidades, con tal de obtener una copa gratis… pero si no me crees, ve a «La Casa de los Mil Soles». Disfrázate, por supuesto, para que ellos no te reconozcan. Quizá no consigas nada el primer día, pero no pasarán muchos sin que confirmes por ti misma todo lo que te estoy diciendo ahora.

—Basta, Silver, ya veo que no nos entendemos. Será mejor que dejemos el tema, ¿no te parece?

Yaddan dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Silver —llamó ella de pronto—. ¿No te quedas?

El joven se volvió y la contempló fijamente durante unos segundos.

—¿Para qué? —contestó, desanimado.

Una expresión de dureza apareció de inmediato en el bello rostro de la muchacha.

—Tengo entendido que Dúvya es muy hermosa —dijo en tono punzante—. Pero ya se tiñe las canas —añadió.

—Al menos, tiene una buena cualidad: es agradecida —contestó él, mientras abría la boca.

Tryna durmió mal aquella noche. Las palabras de Yaddan habían causado honda mella en su ánimo. Le costó bastante conciliar el sueño y despertó bastante tarde por dicha causa.

Cuando se levantó, bajó a la sala. Los granjeros se hallaban ya trabajando en los campos inmediatos.

Sobre la mesa vio un papel con unas palabras. Era de Yaddan y decía:

> *Estimo difícil que volvamos a vernos. Tardaré en cumplir mi misión, pero triunfaré.*
>
> *Fue un sueño muy bello, con un despertar amargo.*
>
> *Adiós.*
> *S.*

Tryna se puso a llorar de inmediato. Silver tenía razón: el despertar de aquel sueño estaba lleno de amargura.

Los ojos de Trnok, el barman, se dilataron de asombro al reconocer a su cliente.

—Por todos los diablos… Silver, ¿se ha vuelto loco? Los hombres de Dumpker le buscan con ahínco.

Yaddan sonrió.

—¿Puedes avisar a tu ama? —preguntó.

—Por supuesto, pero, escóndase, se lo ruego.

—Aquí no corro peligro, Trnok —dijo el joven. El barman, sin duda, ignoraba el pacto establecido entre Dúvya y el general-ministro—. Anda, avísale.

—Sí, señor.

Instantes más tarde, Trnok recibía la respuesta:

—Dile que vaya hacia el ascensor.

—Bien, señora.

Yaddan arqueó las cejas.

—No sabía que fuese casada —comentó—. Aunque bien es verdad que nunca me preocupé de semejante «detalle».

—El esposo de la señora desapareció hace años. No sé le ha vuelto a ver más, Silver.

—No creo que ella lo eche mucho de menos —dijo el joven despreocupadamente, a la vez que se dirigía hacia el ascensor privado de la dueña del local.

Dúvya le tendió ambas manos momentos después.

—Creí que no volvería a verte —dijo, con la mejor de sus sonrisas.

—Escapé —contestó él—. Y, aunque no te lo creas, resultó más fácil de lo que piensas.

—Bien, no nos preocupemos más de este asunto. Ven a tomar una copa conmigo.

Bebieron. Luego, Dúvya, apoyada en una consola, le miró sonriente.

—Has venido a pedirme algo, Silver; lo adivino por la expresión de tu cara. Esta vez no quiero hacerme ilusiones —manifestó.

—Sí, es cierto. Quiero que me ayudes… pero no me llames loco cuando te lo haya dicho.

—Está bien, habla de una vez.

Silver habló. Fue un parlamento relativamente breve, que Dúvya escuchó con el mayor asombro.

—¡Estás loco! —le apostrofó al terminar.

—Tienes que hacerlo así, Dúvya. ¿Acaso no puedes prestar un pequeño favor a un amigo de los buenos?

—Pero… una cosa así…

—A ti también te beneficiará, Dúvya —dijo Yaddan, impasible.

—¿Por qué no te ahorcas tú mismo? Resultaría más rápido y menos doloroso, Silver.

—Vamos, vamos, no me supongas tan tonto como para no estar prevenido contra todas las eventualidades. Si lo hiciera yo voluntariamente, Dumpker podría recelar, ¿no crees?

Dúvya vaciló un momento, pero, al final, cedió:

—De acuerdo, como tú digas, Silver. Con una condición.

—Aceptada —exclamó él en el acto.

Dúvya avanzó hacia él y enroscó en su cuello unos brazos de blancura inmaculada.

—Llamaré más tarde, Silver —dijo ardorosamente.

—De acuerdo —sonrió él—. Pero ahora me gustaría satisfacer una duda.

—Dime, querido.

—¿Te tiñes las canas?

Ella se quedó sorprendida en el primer instante. Luego rompió a reír.

—Fíjate en mi pelo y busca tú mismo la respuesta —dijo.

Yaddan no se fijó en el negrísimo pelo de la joven, sino en los rojos labios que se le rendían incondicionalmente.

Capítulo IX

MÁS tarde, Dúvya le indicó la escalera de caracol.

—Ya puedes irte, Silver —dijo—. Y buena suerte.

—Eso espero. Adiós, hermosa; gracias por todo

—Sigo pensando en que estás loco, pero si tú mismo lo pides…

—Dúvya, el «struvium» no te importa en absoluto, ¿verdad?

—Para mí, ese mineral es tan sólo un pretexto para que algunos se enriquezcan abusivamente, so capa de un patriotismo a ultranza —contestó la joven en tono despectivo—. Proporciona beneficios a K'tar, es cierto, pero menos de lo que debería ser, si hubiese gente honrada en el gobierno. Sin embargo, yo no puedo cambiar las cosas, ni voy a intentarlo, por supuesto.

—Una respuesta muy realista. Adiós, hermosa.

Yaddan bajó la escalera con la mayor rapidez posible. Apenas había franqueado la puerta, varios hombres se le arrojaron encima, reduciéndole a la impotencia.

Dumpker surgió de las sombras casi en el acto.

—Hola, Silver —saludó fríamente.

—Señor —dijo el terrestre.

—Le he capturado por segunda vez y, créame, ahora no se escapará —aseguró Dumpker.

—Mala suerte. —Yaddan se encogió de hombros—. Supongo que me enviarán a una mina de «struvium», ¿no es cierto?

Dumpker sonrió enigmáticamente, mientras varios de sus hombres ataban con fuertes cuerdas los brazos del joven.

—Su suerte no está decidida todavía, al menos, en un futuro

próximo. No muy próximo, por supuesto —contestó.

De pronto sacó una pistola. Yaddan se puso rígido.

—No tema, esta carga no es para usted —dijo Dumpker.

Alzó la mano y apretó el gatillo. Por encima de las cabezas de todos los presentes, una mujer lanzó un débil y corto grito, antes de convertirse en humo.

Una oleada de ira invadió el ánimo del joven.

—¿Por qué la ha matado? —gritó.

—El pacto existente entre los dos había concluido ya —contestó el general-ministro con tono lleno de indiferencia.

—Dumpker, ella era una buena mujer. Le haré pagar caro su muerte —prometió Yaddan, con las facciones contraídas por la rabia.

Dumpker soltó una risita.

—Usted no está en condiciones de amenazar, sino de rogar por una muerte pronta —contestó con desprecio.

El pie de Yaddan se disparó con repentino impulso. Dumpker estaba demasiado cerca y paró el golpe con su bajo vientre, desplomándose al suelo a la vez que lanzaba un feroz aullido.

Yaddan no pudo gozar mucho tiempo de su victoria. Uno de los guardias le golpeó con el cañón de su pistola solar y el joven se derrumbó sin conocimiento.

Alguien lanzó un cubo de agua sobre el hombre que yacía encima de las frías losas del pavimento. Yaddan se agitó un poco y acabó por sentarse en el suelo, sintiendo todavía un fortísimo dolor de cabeza

—Más agua, por favor —suplicó.

Se oyó una risita.

—Con mucho gusto —accedió Dumpker—. Me interesa que esté bien despierto cuando empiece a moverse.

Uno de los guardias se acercó con otro cubo lleno de agua.

—Déjemelo, por favor —pidió Yaddan.

Se mojó la cara, y luego, con un pañuelo, trató de reducir el chichón que tenía en la nunca. Su visión se aclaró rápidamente.

Entonces pudo apreciar que se hallaba en una vasta estancia, que parecía subterránea, a juzgar por su total falta de ventanas. Se oía un débil rumor, que Yaddan juzgó procedente del sistema de aireación.

—¿Listo, Silver? —preguntó Dumpker al cabo de unos minutos.

—Sí, señor.

—Haga el favor de ponerse en pie y dar media vuelta.

Yaddan obedeció. Entonces vio frente a sí una gran rueda metálica, de unos tres metros de diámetro, cuyo eje se hallaba apoyado en una especie de sólido caballete de metal, anclado en el suelo.

En realidad, era un cilindro hecho de viguetas metálicas, una especie de jaula giratoria, con unos peldaños muy estrechos en el centro, semejante, salvo por el tamaño, a las jaulas giratorias en que él había visto más de una vez correr incansables a las ardillas.

Pero a ambos lados de la hilera de peldaños había una serie inacabable de agudísimas puntas de acero, de unos cuarenta centímetros de longitud y con los bordes afiladísimos. La anchura del espacio destinado a los peldaños no era superior a los cincuenta centímetros.

—Ahora entrará usted ahí, Silver —dijo Dumpker—. La rueda empezará a moverse y usted, naturalmente, tendrá que mover las piernas, siguiendo su ritmo de rotación. Cuando se canse, la rueda lo elevará a lo alto y acabará cayendo sobre los cuchillos de ambos lados. ¿Entendido?

Silver se volvió hacia el general-ministro.

—He de suponer que la rueda funcionará indefinidamente —dijo.

—Es usted un hombre de rápida comprensión —sonrió Dumpker.

Agitó una mano y dos guardias lo empujaron hacia una especie de portezuela, que se cerró en el acto, apenas se halló en el interior del diabólico cilindro.

—La rueda no girará a una velocidad superior a la que usted podría soportar —añadió Dumpker—. Lo malo de este asunto es que no se detendrá, hasta que los cuchillos le hayan hecho pedazos.

—¿Se quedará aquí para verlo? —preguntó Yaddan.

Dumpker se encogió de hombros.

—Sé de un tipo que duró catorce horas y media —contestó—. Usted es más fuerte; puede que aguante un día completo. Volveré otro rato, para ver cómo se encuentra.

La rueda empezó a girar. Sorprendido, Yaddan estuvo a punto de caer, pero consiguió mantener el equilibrio y movió los pies sobre los peldaños.

Era, simplemente, un doble aro gimnástico, con la diferencia de que no se movía por el esfuerzo del atleta, sino por un motor.

Dumpker se marchó, no sin antes dejar tras sí una orden perentoria:

—En todo momento, debe quedar un hombre vigilando al

prisionero.

La rueda giraba y giraba, y Yaddan movía las piernas incansablemente.

Su cerebro funcionaba mientras realizaba aquel forzado ejercicio, que ya había empapado su cuerpo de sudor.

Dúvya había muerto. Dumpker lo pagaría, se prometió.

El crimen, en apariencia, no era sino un acto de justicia. Yaddan sabía que, tras aquel disparo, se ocultaban los celos de un hombre que no había conseguido establecer con aquella hermosa mujer sino un pacto «económico».

Pero, se dijo, resultaba incomprensible que Dumpker cegase con un disparo de pistola solar la fuente de unos ingresos sustanciosos.

—Los celos amorosos, a veces, resultan incomprensibles para los demás —pensó, mientras continuaba moviendo las piernas con ritmo de paso gimnástico.

Ya llevaba casi dos horas y empezaba a sentir los primeros síntomas de fatiga. Las hileras de afilados cuchillos que giraban a ambos lados le ponían los pelos de punta.

Flaquear significaba la muerte. Pero la fatiga le vencería un momento u otro. Y el hombre que le vigilaba constantemente…

De súbito, al volver la cabeza un poco, vio al guardia sentado en un taburete, con la espalda apoyada en la pared y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Inmediatamente, se tiró hacia delante. Agarró un peldaño con ambas manos y se aferró a otro con los pies.

Ahora giraba verticalmente con la rueda. Era un movimiento mareante, pero, al menos, le permitía descansar.

Cerró los ojos. Durante diez minutos, dio vueltas sin parar, hasta que se notó un poco mejor.

Miró de nuevo hacia el vigilante. Continuaba dormido.

Reflexionó un poco. Al cabo de un rato, con grandes precauciones, pasó a una de las ruedas laterales que formaban una de las bases de la jaula cilíndrica.

Agarrándose a los radios con desesperación, consiguió alcanzar la reja. Soltó el pasador y, sin hacer el menor ruido, hizo girar la puerta.

La salida estaba libre. Hizo el último esfuerzo y saltó afuera.

Rodó por el suelo, aunque no pudo evitar hacer algo de ruido. El

centinela despertó, sobresaltado.

Era ya tarde. Un puño le golpeó en la mandíbula y perdió el sentido.

Yaddan se apoderó de una pistola solar. Quiso salir del calabozo, pero la puerta estaba cerrada exteriormente.

No importaba, se dijo. Alguien tendría que venir a relevar al centinela. Buscó agua y bebió con avidez, mojándose la cabeza a continuación.

Luego se dispuso a esperar la llegada del relevo.

El hombre que entró en «La Casa de los Mil Soles» era alto, de porte distinguido y gesto reposado. Vestía con gran elegancia, aunque su indumentaria no tenía detalles extremados.

Se acercó tranquilamente al mostrador e hizo una seña con la mano. Trnok se inclinó hacia él.

—Usted es el jefe de personal, creo —dijo el recién llegado.

—Sí, señor —confirmó Trnok—. Si puedo servirle en algo…

—Dúvya ha muerto, tengo entendido.

—Desgraciadamente, así es. Sufrió… un accidente, señor.

—Fue una lástima —murmuró el hombre—. Me llamo Nark'ius.

—Le conozco, señor —sonrió Trnok—. Es usted un buen cliente de la casa.

—Gracias, muchacho —dijo Nark'ius. Sacó un papel y se lo enseñó al barman—. Lea, por favor.

Los ojos de Trnok recorrieron los renglones escritos en el documento. Una expresión de asombro apareció en su rostro al terminar la lectura.

—Sí, señor, no faltaría más… Lo siento, yo ignoraba… —dijo con voz entrecortada.

—La culpa no es tuya, amigo mío —dijo Nark'ius, mientras guardaba de nuevo el documento—. Pero no se preocupe; todo debe seguir igual que hasta ahora. ¿Entendido?

—Sí, señor, como usted mande.

—Ahora voy al despacho, para ver cómo marcha el negocio. Luego hablaremos más extensamente,

Trnok. Me parece que un aumento de sueldo no le resultará desagradable.

—Será bien acogido, señor —contestó el barman.

Capítulo X

UNA hermosa muchacha, de atrevida indumentaria y pelo oscuro, se acercó al mostrador.

—Sírvame de beber —pidió, a la vez que lanzaba un billete.

—Al momento, guapa —contestó Trnok.

Tryna jugueteó con la copa. Trnok se disponía a entregarle algunas monedas, pero ella rechazó el dinero.

—Quédese con la vuelta —indicó—. Usted se llama Trnok, creo.

—Así es. ¿Quién eres tú? Te he visto solamente un par de veces por aquí…

—Me llamo Herva —mintió Tryna con desenvoltura—. Es un ambiente muy agradable. Me gusta. ¿Dónde está la dueña?

El barman la miró con severidad.

—Debieras saberlo —contestó—. Ha muerto.

—¡Oh, lo ignoraba! Pero alguien habrá ocupado su puesto, me imagino.

—Sí, el nuevo dueño es un tal Nark'ius. Por lo visto, Dúvya había hecho testamento a su favor.

—Entiendo. Así que Nark'ius es el nuevo propietario.

—Sí, y si buscas trabajo aquí, tendrás que entenderte con él. Ahora déjame; estoy ocupado…

—¡Aguarda un momento!

El tono de voz de Tryna poseía una nota imperativa que el barman no dejó de captar.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó.

Tryna sacó otro billete.

—Busco a un hombre llamado Silver —dijo—. Solía venir mucho por este local.

—Desapareció el mismo día de la muerte de Dúvya. Nadie sabe dónde está. Lo siento de veras, Herva.

Tryna hizo un gesto de asentimiento.

—Gracias, luego iré a ver a Nark'ius.

La joven se separó del mostrador, profundamente preocupada.

Ahora veía con toda claridad que Silver tenía razón. Llevaba unos cuantos días acudiendo a «La Casa de los Mil Soles» y había visto cosas que le habían producido náuseas.

«¿Y ésos son los que quieren reformar el gobierno?», se preguntó, afligida por haber creído en unos hombres que no eran mejores que quienes ocupaban ahora el poder.

Se sentó a una mesa y reflexionó unos momentos. Si al menos supiera dónde estaba Silver…

De pronto, oyó a dos hombres que conversaban en la mesa contigua.

—Tengo que darte una buena noticia, Wornlus —dijo uno de ellos.

—Su Máximo Honor ha muerto reventado de un atracón, ¿verdad? —contestó el otro con burla.

—Lástima que no fuera así. Pero ha ocurrido todo lo contrario, en cierto modo, claro. El espía terrestre ha sido atrapado.

—¡Oh, es una buena noticia, en efecto! Alguien se habrá ganado un millón de «datianos», ¿no te parece?

Sonó una risita.

—Por increíble que pueda parecerte, fue el propio Datius-1000 el autor de la captura, Wornlus.

Conteniendo su tensión nerviosa, Tryna volvió disimuladamente la cabeza. Uno de los sujetos llevaba uniforme de coronel, lo que excluía toda posible falsedad en la información que acababa de dar a su amigo.

—Y Datius-1000, inmediatamente, ha condenado a Silver a trabajar en una de las minas de «struvium» —concluyó el oficial.

La detención se había producido tres días antes, en las propias habitaciones de Datius-1000.

Dumpker se sentía consternado. El hombre que tenía frente a sí, gordo y fofo, pero de maligna mirada, podía degradarle al más ínfimo grado.

O enviarle a una mina de «struvium», de la que ya no saldría vivo.

—Lo siento, señor; ignoro cómo pudo escaparse ese demonio…

—Si les parece, yo mismo puedo explicárselo personalmente —sonó de pronto la alegre voz del terrestre.

Los dos hombres volvieron la cabeza. Sentado en el alféizar de una de las ventanas de la isla, Yaddan les contemplaba con la sonrisa en los labios.

Dumpker sacó la pistola inmediatamente.

—¡No se mueva o le abraso! —amenazó.

Yaddan levantó un poco las manos.

—No estoy en condiciones de resistirme —manifestó.

—Es usted muy listo, pero no…

—¡Cállate, Dumpker! —le interrumpió Datius coléricamente—. Quiero hablar con este hombre.

—Gracias, señor —dijo Yaddan—. Precisamente a eso he venido, a conversar con su Máximo Honor.

Datius entornó los párpados.

—Sé lo que pretendes. Lo sabía, incluso, desde antes de que salieras de la Tierra. Mi cónsul me previno de ello.

—Era lógico. Podría decirse que yo mismo le avisé —sonrió Yaddan.

—Entonces, sabías que enviaría una nave de patrulla al encuentro de la tuya.

—En efecto, así fue.

—Me dieron informes de que habías muerto. ¿Cómo conseguiste salvar la vida?

—Una segunda burbuja de salvamento, que era accionada por un mecanismo de proximidad. Salté al espacio cuando el primer torpedo estaba a dos millones de kilómetros de distancia.

—Pero el comandante de la nave vio otra burbuja…

—Fue un truco. La que yo usaba tenía dispositivos antidetectores. Hay buenos ingenieros en la Tierra —explicó Yaddan.

—De todas formas, eso no ha evitado que seas mi prisionero —dijo Datius.

—Cierto, aunque hubo un ligero error de cálculo y fui a parar a Shavinn, en lugar de venir directamente a K’tar, como esperaba. Eso alteró mis planes, lógicamente.

—Están alterados ya de una forma definitiva —aseguró Datius. Se volvió a Dumpker y le increpó coléricamente—. ¿Por qué no lo trajiste en el acto a mi presencia?

Dumpker enrojeció.

—Señor, yo quería obtener más informaciones…

—Quería divertirse un poco a mi costa —le interrumpió Yaddan—. Pero conseguí escapar de la rueda de los cuchillos.

Datius lanzó un bramido de furia.

—Dumpker, luego hablaremos tú y yo —dijo—. Ahora, retírate a la antesala y ten dispuesta una patrulla para que conduzcan este hombre a una de las minas de «struvium» apenas yo dé la orden.

Dumpker se inclinó, resignado, y abandonó la estancia. Los dos hombres quedaron frente a frente.

—Ahora, habla —pidió Datius—. ¿Qué es lo que tienes que decirme?

Yaddan sonrió.

—Nada, señor; ya está dicho todo. Me has condenado a trabajar en una mina y tus sentencias son inapelables —contestó.

—Eres un tipo extraño —observó Datius pensativamente—. Parece como si, al aceptar mi decisión, lo hicieras pensando en alguna carta que guardas en reserva.

—No llevo armas encima —dijo el terrestre.

—Ésa no es una respuesta. Si no has venido a asesinarme. ¿Qué es lo que pretendes?

—El palacio está muy bien vigilado. No podía escapar, así que decidí venir a conocerte personalmente. De todas formas, hubiera acabado por ser capturado. ¿Compartimos la recompensa?

Datius soltó una estentórea carcajada.

—Eres un tipo magnífico —exclamó—. Ojalá fuesen como tú todos los que me rodean.

—Es cuestión de acierto en la elección. Tú no parece que te hayas preocupado mucho del asunto, Datius.

—Es posible que tengas razón —convino Datius en tono pensativo—. Pero ya sabes que la exportación de muestras de mineral de «struvium» está rigurosamente prohibida por una ley que ni yo mismo puedo quebrantar.

—Eso es verdad —reconoció Yaddan—. Yo pensaba en llevarme una muestra, pero ya veo que es imposible.

—Has perdido el tiempo, eso es todo. ¿Tienes algo más que decir antes de que se te lleven?

—Hay una cosa por la que siento curiosidad. ¿Qué significa la cifra mil después de tu nombre? ¿Han existido antes que tú novecientos

noventa y nueve jefes de estado planetario?

—K'tar no es tan viejo. Significaría que antes que yo gobernaron novecientos noventa y nueve hombres durante cincuenta mil años, a medio siglo por barba. Me gustó ese número al ser elegido; resulta impresionante.

—Sí, eso es verdad —convino el joven—. De modo que voy a acabar en una mina de «struvium».

—Allí es donde irás a parar —confirmó Datius-1000.

El aeromóvil tomó tierra cerca de unos barracones situados al pie de una enorme colina de color grisáceo. Cientos de hombres trabajaban en las laderas, arrancando el mineral a fuerza de golpes de pico.

Al fondo se divisaba una alta chimenea, que humeaba constantemente. El mineral era arrojado a un horno, donde se fundía para obtener los lingotes del precioso «struvium», los cuales eran transportados, una vez enfriados, a unos aeromóviles especiales, que a su vez, los llevaban a los depósitos situados en uno de los departamentos del conjunto de edificios que componían la acrópolis de K'turia.

Las escorias formaban otra enorme colina a cierta distancia del edificio donde estaba instalado el horno de fusión. Un poco más allí, se veía un gran barracón con un rótulo significativo sobre su entrada: *Incapaces para el trabajo*.

Yaddan se estremeció al leer el rótulo. Cuando un condenado no podía tenerse ya en pie, era conducido al barracón, en donde agonizaba en medio de espantosos sufrimientos.

El envenenamiento producido por el «struvium» resultaba ya irremediable a partir de los cuatro meses de estancia en aquel lugar. No había el menor rastro de vegetación en cien kilómetros a la redonda y hasta los pájaros evitaban volar sobre aquel paraje infernal.

Los guardias vestían un uniforme especial, metálico, con sólo dos aberturas para los ojos. Aun así, debían ser relevados mensualmente.

Un hombre, vestido con el uniforme propio de los vigilantes, avanzó hacia los patrulleros que custodiaban al prisionero.

—Un nuevo minero, señor —anunció el hombre que mandaba la patrulla.

—Soy Queuei, jefe de vigilantes —se presentó el guardia—. ¿Cómo te llamas?

El prisionero procuró dominar la sorpresa que le producía el

encuentro con un hombre a quien había salvado la vida meses atrás.

—Silver Yaddan, señor —contestó.

Queuei agitó una mano.

—Está bien, pueden retirarse —ordenó a los patrulleros—. Yo me hago cargo de este hombre.

Capítulo XI

QUEUEI y Yaddan quedaron solos.

—Sígueme. Tengo que darte instrucciones sobre tu comportamiento en la mina —indicó el primero.

—Sí, señor.

Momentos más tarde, se hallaban en una habitación de paredes metálicas, sin ventanas, con un adecuado sistema de aireación. Queuei se quitó el casco protector.

—El blindaje del edificio es similar al de nuestro uniforme —dijo Queuei—. Pero usted tendrá que trabajar sin blindaje, Silver.

—Lo sé —sonrió el joven.

—Hay una montaña de «struvium» puro. Pasarán siglos antes de que se agote el mineral. Y no es esta la única mina de K'tar.

—También lo sé, Queuei.

—Es extraño. Parece como si se sintiera contento de estar aquí, en este lugar infernal.

—Me resigno a mi suerte, señor; eso es todo.

Queuei le miró con suspicacia.

—Silver, no puedo olvidar que usted me salvó la vida en Shavinn —dijo—. De no ser por su intervención, una cría de araña gigante me habría comido ya. ¿Qué puedo hacer en su favor?

—Proteger mi vida, simplemente.

Hubo un momento de silencio.

—No acabo de entenderle, Silver —dijo Queuei al fin—. ¿Por qué no es más explícito?

—No tengo más que pedirle, señor, se lo aseguro. Simplemente,

deseo que me proteja.

—¿Teme que alguien quiera matarle?

—Sí.

—Silver, me quedan dos semanas escasas en este puesto. Luego me relevarán y ya no me será posible hacer nada por usted.

—Será más que suficiente —dijo.

—¿Ha venido a llevarse una muestra de «struvium»?

—Sí —respondió el joven sin inmutarse.

—En primer lugar, la evasión es imposible. En segundo lugar, los detectores registran cantidades inferiores a la milésima de gramo.

Yaddan se acercó a Queuei y rozó con la mano el uniforme metálico.

—Está hecho de «struvium» puro, creo —manifestó.

—Así es —confirmó Queuei—. «Struvium» contra «struvium». Es la mejor protección contra las radiaciones del mineral. Son casi físicas, Silver, quiero decir que es como si el organismo estuviese siendo bombardeado por millones de diminutas partículas sólidas…

—Sé cómo actúa el mineral —dijo Yaddan—. En realidad, son partículas sólidas, de una milmillonésima de gramo, que parten disparadas con increíble velocidad, aunque el impulso cesa a los pocos metros. El cuerpo humano sufre una terrible corrosión, que lo destruye en unos meses.

—En efecto, Silver; es una perfecta descripción de las cualidades del «struvium».

—En la Tierra, siglos atrás, había una enfermedad similar, aunque interna, la silicosis. El «struvium» causa una especie de silicosis externa, pero muchísimo más rápida.

—Nosotros estamos protegidos por el uniforme. Pero, aun así, el riesgo de padecer la enfermedad es muy grande y nos relevan cada mes.

Yaddan se acercó a la mesa donde estaba el casco y lo sopesó con ambas manos.

—Demasiado pesado —dijo.

—No se conoce otra cosa de aligerarlo de peso, Silver —manifestó Queuei.

—Defecto de fundición.

—¿Cómo?

Silver se volvió sonriendo hacia el nativo.

—Estoy listo para empezar a trabajar —anunció.

—Muy bien. Uno de mis hombres le indicará lo que debe hacer.

Suerte, Silver.

—Gracias, Queuei. Pero no olvide lo que le he dicho; proteja mi vida.

—Lo tendré en cuenta, Silver.

Mientras arrancaba pedruscos de mineral, Yaddan observaba cuanto sucedía a su alrededor.

El «bombardeo» del cuerpo humano con partículas ultramicroscópicas de «struvium» no era simple metáfora. En torno a él se veían brazos y torsos ensangrentados, a causa de la corrosión causada por el incesante golpeteo de millones de diminutos fragmentos de aquel terrible mineral. Yaddan sentía un escozor continuo en la piel que, a causa del calor, estaba al descubierto.

Pero aun usando la camisa, los efectos perniciosos del «struvium» no se detenían. En dos semanas, la prenda habría quedado destruida.

Algunos trabajaban con los ojos cerrados. Era inútil. Los condenados morían ciegos, cayéndoseles la carne a pedazos. Aquella enfermedad, que Yaddan había calificado de silicosis externa, seguía consumiendo al paciente, hasta convertirlo finalmente en un montón de huesos que más tarde incluso, se deshacían en su propia sepultura.

Los pedruscos de «struvium» iban a parar a una cinta transportadora, que los llevaba a las trituradoras. El mineral, finalmente, convertido en polvo, iba al horno, del que salían los lingotes de aquel extraño metal que tantas y tan excelentes cualidades poseía en estado de pureza.

Era preciso reconocer que los ingenieros habían planeado un buen horno de fundición. Una de sus bocas de salida daba paso a los lingotes de metal puro; la otra estaba destinada a la escoria que, por medio de otra cinta transportadora, se acumulaba a trescientos metros de distancia.

Curiosamente, tras el proceso de fusión, el metal y la escoria perdían sus nocivas cualidades. La escoria era ya sólo un polvo inofensivo y el metal era, en apariencia, como otro cualquiera.

Pero sólo en apariencia, porque ningún metal poseía sus propiedades. Aquí era, se dijo Yaddan, donde residía la riqueza de K'tar.

Continuamente llegaban astronaves comerciales para cargar lingotes de «struvium». Era la única forma de sacar una muestra del metal: pagando un elevadísimo precio por un lingote que apenas si pesaba un kilo, pese a su tamaño relativamente grande.

El recinto de la mina estaba circundado por una altísima valla

metálica, con agudas púas en numerosas partes de su estructura. La evasión era absolutamente imposible.

La alarma entraba en funcionamiento apenas alguien se acercaba a diez metros de la valla. Ni siquiera los vigilantes sabían franquear el límite, señalado por una ancha raya blanca, pintada en el suelo.

Un formidable estruendo se oyó de pronto en lo alto de la colina.

—¡Eh, cuidado!

—Ahí va esa roca…

—¡Apártense!

Los gritos expresaban una viva alarma. Yaddan levantó los ojos y vio un enorme pedrusco que rodaba por la ladera, desgajado tal vez por algún imprudente.

La roca caía justo hacia el lugar en que se encontraba. Desesperadamente, saltó a un lado, eludiendo aquel mortífero proyectil por sólo unos centímetros.

Un par de mineros no fueron tan afortunados o resultaron más lentos. Después de pasar aquella roca, que pesaba varias decenas de toneladas, sólo quedaron dos manchas sanguinolentas en el suelo.

Yaddan se incorporó, sudando a chorros. La diferencia entre la vida y la muerte había sido solamente de una fracción de segundo.

—Tenías razón, Silver —dijo Queuei a la noche.

—¿Sabe usted quién desprendió la roca?

—Uno de los condenados. Se llama Vadesh y llegó hace tres días. He hablado con él y me ha dicho que no sabe cómo se desprendió aquel pedrusco… Asegura que fue algo imprevisto…

—Vadesh, ¿eh? —sonrió el joven—. ¿Dónde se aloja?

—En el barracón número tres, séptima litera —contestó el jefe de vigilantes.

—Muy bien, déjelo de mi cuenta.

—¿Quiere que le ayude, Silver?

—¡Oh, no, no será necesario! Yo me encargaré de él, repito.

Yaddan abandonó el despacho, al cual había acudido llamado por el nativo, con el pretexto de informar sobre el suceso. Volvió a su alojamiento y trabajó con entera normalidad durante tres días más.

Mientras tanto, observaba a Vadesh. Los condenados ocupaban un puesto siempre fijo, tanto a las horas de las comidas como durante el período de reposo. Era fácil, por tanto, localizar a un individuo.

Tres noches después, cuando todo el mundo dormía, Yaddan abandonó su barracón en silencio y se dirigió al número tres.

El durísimo trabajo causaba un sueño profundo en los condenados. Además, la sofocante temperatura exterior, les obligaba a dormir con las ventanas abiertas.

Yaddan buscó la más próxima a la litera número siete. En voz baja, llamó:

—Vadesh…

Tuvo que repetir la llamada un par de veces, antes de que un rostro se asomase por la ventana

—¿Quién es? —preguntó el individuo—. ¿Qué quiere de mí?

—Vengo de parte de Nark'ius. —La oscuridad velaba por completo las facciones del terrestre—. Todo está listo en el tramo doce.

—De acuerdo, pero Yaddan sigue ahí…

—Nark'ius ha ordenado que regrese. Hay un guardia que se encargará de él con mayor discreción.

—De acuerdo.

Yaddan se retiró. Fue hacia la esquina del barracón y aguardó allí unos momentos.

Vadesh saltó la ventana. Yaddan lo vio trotar en dirección al tramo de la valla que le había señalado

Franqueó la línea blanca. Inmediatamente, sonó la alarma.

Vadesh, aterrado, se volvió. Demasiado tarde comprendió que había caído en una trampa.

Los reflectores le enfocaron. En vano intentó buscar una zona de tinieblas.

Dos pistolas solares chasquearon en la noche. El cuerpo de Vadesh se convirtió en humo.

—No comprendo cómo pudo tenderle el lazo —dijo Queuei.

—Bah, fue sencillo. Sólo le dije que había libre un tramo de la valla.

Queuei se estremeció.

—Es usted un tipo duro, Silver —calificó.

—Vadesh estaba aquí para asesinarme. Una vez lo hubiera conseguido, alguien le facilitaría la huida Simplemente, le dije que el camino estaba despejado.

—Pero él tenía que seguir…

—Le hice creer que había un guardia que tomaría esa misión a su

cargo. Y, a propósito, me voy mañana por la noche.

—Será peligroso, Silver —advirtió Queuei.

Yaddan sonrió.

—¿Se refiere a los detectores? —preguntó.

—A toda clase de detectores, incluyendo a los de la valla —contestó Queuei.

—Saldré sin que funcione ningún detector —aseguró el terrestre.

—Me gustaría verlo, Silver.

—¿No le relevan mañana a mediodía?

—Es cierto, aunque me gustaría quedarme para ayudarle si algo marcha mal —se ofreció Queuei.

—Espero que todo salga satisfactoriamente —dijo Yaddan. Alargó la mano hacia el nativo—. Gracias, Queuei.

—Cuando me atacó aquella araña, no daba un vigésimo de «datiano» por mi pellejo. No sé si obro bien o no, o algún día me llamarán traidor; pero estimo mi deber ayudarle en la medida de mis fuerzas, Silver.

—Lo que estoy haciendo beneficiará también a K'tar, aunque muchos no lo crean así —aseguró el terrestre.

—Por cierto, ¿tiene ya la muestra de «struvium»?

—No se preocupe. Adiós, Queuei.

—Adiós, Silver.

Pasada la media noche, un aeromóvil se detuvo a cien metros sobre uno de los barracones y dejó caer un cable con un gancho. Cuando el cable volvió a subir, izaba a Silver Yaddan, sin que los detectores de alarma señalaran la fuga del prisionero.

Capítulo XII

EL plano estaba extendido sobre un gran tablero que colgaba de la pared. Por medio de un puntero, Nark'ius iba señalando los lugares donde se debía iniciar la operación que culminaría con la conquista del poder por parte de los conjugados.

—Esthar empezará por el lado sudoeste, encargándose de las cuarenta y seis cuadrículas señaladas en el plano, con los hombres que le han sido asignados —recitó—. Dar-e-Ti actuará en el lado diametralmente opuesto y se ocupará de las setenta y dos cuadrículas marcadas…

Había una docena de hombres, además de Tryna. La joven asistía silenciosamente a la exposición del plan de ataque.

Al cabo de unos minutos, Nark'ius terminó de hablar y se mostró dispuesto a aclarar las dudas que hubieran surgido.

—Quisiera saber si no se habrán producido filtraciones que pongan nuestros planes en peligro —dijo uno de los conspiradores.

—Rotundamente, no —contestó Nark'ius.

—¿Qué haremos con Datius-1.000? —quiso saber otro.

—Cuando hayamos triunfado, se convertirá en Datius-Cero.

La respuesta, por lo significativa, provocó algunas risas.

—Desearía saber noticias del espía terrestre —pidió otro.

—Ya no es problema para nosotros —respondió Nark'ius.

—¿Lo dices porque fue condenado a una de las minas de «struvium»? Podría evadirse; es un tipo muy listo…

—He contado con las posibilidades de evasión, en efecto. Más bien, yo diría que él buscó la condena voluntariamente, a fin de conseguir

una muestra del mineral. Silver Yaddan ya ha dejado de ser un problema para nosotros.

—En tal caso, Datius-1000 tendría que agradecérnoslo, ¿no te parece, Nark'ius?

Tryna había sentido una especie de golpe en el pecho al oír las palabras que anunciaban la muerte de Silver. Haciendo acopio de fuerzas, consiguió mantenerse impasible.

—El agradecimiento de Datius nos es indiferente —manifestó Nark'ius—. Pero Yaddan era un espía y teníamos que eliminarlo.

Nark'ius se volvió de pronto hacia la joven.

—Tryna, he observado que no has dicho nada hasta ahora —dijo—. ¿No tienes ningún comentario que hacer?

—Ninguno —contestó ella con voz neutra.

—Supongo que conoces tu papel. No falles.

Tryna se puso en pie.

—Lo siento. A partir de ahora, me considero desligada por completo del compromiso contraído con vosotros —declaró.

Hubo un movimiento de asombro general.

—Pero ¿qué dice esta chica?

—Se ha vuelto loca…

—Tryna, ¿estás segura de lo que dices? —preguntó Nark'ius con severo acento.

—Ya he hablado y no tengo por qué repetir dos veces las mismas palabras. No quiero saber nada de este asunto —insistió ella.

—Tendrás algún motivo, supongo —dijo Esthar.

Tryna apretó los labios. Dar-e-Ti avanzó el torso hostilmente.

—Estaba enamorada del terrestre —acusó.

—No creo que eso te importe mucho —respondió ella.

Nark'ius frunció el ceño.

—Tryna, lo sabes todo acerca de nosotros —dijo—. Lo siento por ti.

—¿Vas a matarme? —le desafió ella.

—Debiera explicar por qué abandona el asunto —pidió Dar-e-Ti.

Tryna miró despreciativamente al hombre que acababa de hablar.

—Presumes de honesto y eras uno de los que más se distinguían en las orgías de «La Casa de los Mil Soles» —dijo—. Y tú, Nark'ius, ¿de dónde sacaste el testamento que te ha convertido en dueño del local de diversión más lujoso de K'taria? Esthar, tienes a tu cargo la recaudación de los derechos de importación de artículos de otros planetas. ¿Puedes

hablar de honradez, cuando es público y notorio que te has enriquecido por ese procedimiento de defraudar al ministerio? Pero el ministro gana aún más y tú quieres ocupar su puesto, ¿verdad?

Sonaron algunos gritos de cólera Los acusados protestaron a voz en cuello.

Algunos pidieron que Tryna rectificase sus acusaciones.

—Me niego —dijo ella rotundamente—. Lo dicho, dicho está, porque es cierto. Llegué a creer en vuestra honradez y vuestro patriotismo, pero he podido ver que no sois más que unos oportunistas, que queréis ocupar los puestos que otros tienen, no para mejorar las cosas, sino para mejorar vosotros mismos. Con todos sus defectos, Datius es infinitamente mejor que todos vosotros, ya que al menos no se recata en hacer las crueldades que se le achacan. Él no ha presumido nunca de honesto, lo que, bien mirado, dice más en su favor que todo lo que podáis decir vosotros como elogio de vuestras propias virtudes… que no existen en absoluto.

Alguien lanzó un agudo grito:

—¡Nark'ius, esa mujer tiene que morir!

Otro blandió un puño.

—No podemos dejar que salga con vida de aquí —exclamó.

Nark'ius extendió las manos.

—Amigos, algo ha trastornado a esta pobre muchacha haciéndole ver cosas que no son ciertas —dijo—. La encerraremos en el sótano, hasta que recapacite, concediéndole para ello un tiempo prudencial. Después, si insiste en su postura, tendremos que preocuparnos seriamente de su silencio definitivo.

—Sólo callaré de una forma, Nark'ius —dijo Tryna—. Y no quiero mencionarla, porque está en la mente de todos.

Nark'ius cruzó la sala y abrió la puerta. Al otro lado, había dos hombres armados, aunque no vestían de uniforme.

—Tryna ya no está con nosotros —anunció—. Hemos resuelto encerrarla en el sótano. Vosotros os ocuparéis de que no pueda salir, ¿entendido?

Momentos más tarde, Tryna quedaba al otro lado de una sólida puerta de metal. Nark'ius se dispuso a despedir a sus compañeros de conjura.

Casi en el mismo momento, entró un individuo. Parecía muy excitado.

—Traigo noticias, Nark'ius —exclamó—. Vadesh ha muerto y el

terrestre ha conseguido evadirse.

El informe causó una enorme sensación entre todos los congregados.

Nark'ius palideció.

—Eso es imposible, nadie puede evadirse de una mina de «struvium».

—Lo creas o no, así es —insistió el mensajero—. Yaddan está en libertad.

—Bien, pero este asunto no afecta a nuestro plan. Ya nos ocuparemos del terrestre más adelante. Nos hubiera convenido su muerte, pero el hecho de que siga con vida no puede alterar nuestros proyectos. Nark'ius sonrió.

—Empezaremos la acción a la hora prefijada, y yo me encargaré personalmente de Datius-1000 —concluyó.

El aeromóvil se detuvo a cierta distancia de la casa. Yaddan saltó al suelo y se acercó con suma cautela al edificio, que aparecía con las luces apagadas.

Reinaba un silencio absoluto. Yaddan tanteó una de las ventanas.

Estaba cerrada. Hizo una mueca y pasó a la siguiente.

—No tendré más remedio que entrar por la puerta —se dijo.

Dio la vuelta a la casa y probó a abrir la puerta, que se resistió.

Sin embargo, Yaddan tenía una llave infalible. Sacó su pistola solar, graduó el indicador para carga mínima y apuntó a la cerradura.

Un segundo más tarde, la cerradura era una masa de metal fundido. Yaddan empujó la puerta.

Las luces se encendieron automáticamente al cruzar el umbral. Se detuvo unos instantes y escuchó con toda atención.

Sonaron voces en alguna parte de la casa.

—Esto es muy aburrido, tú —dijo alguien.

—Ve arriba y trae una botella; así pasaremos mejor el rato.

—Sí, tienes razón.

Yaddan miró hacia la puerta de donde procedían los sonidos. Corrió hacia allí y se apostó a un lado, justo en el instante en que un hombre se disponía a salir.

El cañón del arma se abatió sobre el cráneo del individuo, que se desplomó fulminado. Sin embargo, hizo un poco de ruido y su compañero se alarmó.

—Eh, tú, ¿qué pasa por ahí arriba?

Yaddan no dijo nada. El otro sacó su pistola solar y empezó a subir las escaleras con grandes precauciones.

De repente, vio al caído y lanzó un grito de sorpresa. Inmediatamente, dio media vuelta y emprendió el descenso a la carrera.

Yaddan se lanzó en su persecución, adivinando lo que iba a suceder. El vigilante pulsó un resorte y la puerta de acero empezó a girar a un lado.

La pistola de Yaddan vomitó una descarga a plena tensión. Un hombre se convirtió en humo inmediatamente.

—¡Tryna! —llamó.

—¡Silver! —gritó ella, asombrada.

Yaddan llegó ante la puerta. Tryna salió a su encuentro, con los ojos muy abiertos.

—Dijeron que estabas muerto…

Yaddan se echó a reír.

—Vendieron la piel antes de cazar la presa —exclamó. Enfundó la pistola, agarró a la joven por la cintura y la besó con fuerza—. ¿Te molesta?

Ella hizo un signo negativo.

—Me has abierto los ojos —declaró.

—Lo celebro infinito. —Yaddan pasó una mano por los hombros de la muchacha—. Vámonos de aquí, cariño.

—Silver —exclamó Tryna de pronto—, el golpe será hoy mismo, esta noche.

—Lo sé, pero tenemos tiempo de sobra, no te preocupes.

—No comprendo… ¿Cómo conseguiste evadirte?

Yaddan sonrió sibilinamente.

—Alguien envió un aeromóvil guiado por piloto automático y lo situó sobre la vertical del campamento minero. Cayó una cuerda con un gancho y… bien, eso es todo.

—Todo, no, Silver. Tú no sabías que yo estaría aquí.

—¿Ah, no? Dime, ¿no es Kordul uno de los conspiradores?

Tryna se mordió los labios.

—Le iban a hacer general si triunfaba el golpe de Estado —dijo.

—Su hermano era el jefe de vigilantes de la mina a la que me enviaron —explicó Yaddan—. Naturalmente, estaba enterado de lo que hacía Kordul.

—Comprendo. Te han pagado el favor que hiciste a Queuei en

Shavinn.

—Más que pagarme el favor, les he abierto los ojos, como a ti. Sólo que en tu caso, preferí que vieses las cosas por tus propios medios.

Tryna bajó la cabeza.

—Estaba completamente engañada —murmuró—. No puede decirse que Datius sea bueno, pero ellos son infinitamente peores.

—En medio de todo, Datius es un tipo abúlico, que deja a otros los asuntos de gobierno. En tiempos, luchó mucho para llegar al puesto que ocupa actualmente, pero los años le han ablandado y… Bien, no hablemos más, Tryna; todavía tenemos mucho que hacer.

Corrieron hacia la salida. El vigilante continuaba todavía desmayado y Yaddan juzgó conveniente encerrarlo en el calabozo que hasta entonces había ocupado la muchacha.

—Vámonos ya, Tryna.

—Sí, pero, ¿adónde? —quiso saber ella.

—Al mismísimo centro del jaleo —respondió Yaddan alegremente.

Esthar consultó su reloj y luego hizo un gesto con la mano.

—Vamos, ya es la hora —dijo.

Una docena de hombres se destacaron de las sombras y se dirigieron hacia los dos grandes faroles amarillos que señalaban la situación de un puesto de policía.

Dada la hora, era presumible que los ocupantes del mismo, salvo un hombre de guardia, estarían todos dormidos. Once puestos más serían asaltados al mismo tiempo.

De repente, varios reflectores se encendieron en distintos puntos del edificio, alumbrando de lleno a los atacantes.

—¡Están rodeados! —gritó alguien, por medio de un potente altavoz —. ¡Ríndanse!

Esthar se quedó estupefacto. El golpe parecía tan seguro…

De pronto, dio media vuelta y echó a correr.

Algunos le imitaron, buscando, como él, las zonas en tinieblas. Fallaron en sus propósitos.

Se encendieron más reflectores. Chasquearon las pistolas solares.

Esthar y cuatro o cinco individuos más se convirtieron en humo. Los demás alzaron las manos inmediatamente.

—Nos entregamos —dijo uno de ellos, atenazado por el pánico.

A Dar-e-Ti y a sus cómplices les sucedió algo por el estilo. Todos los

ataques fracasaron rotundamente. Dar-e-Ti murió al intentar disparar su pistola contra un guardia.

Los combates habían tenido una brevísima duración. Diez minutos después de la hora señalada, la rebelión estaba totalmente sofocada.

Pero esto era algo que todavía ignoraban Nark'ius y sus acompañantes.

Seguido de una docena de hombres, elegidos especialmente, Nark'ius se encaminaba al asalto del principal objetivo: la acrópolis.

Allí residía el odiado Datius-1000. Antes de que alborease el nuevo día, Nark'ius habría ocupado su puesto.

El grupo llegó en un aeromóvil ante el gran portón de acceso al palacio. Había dos centinelas a ambos lados del mismo.

Un hombre accionó el mecanismo que abría el portón.

—Déjenlos entrar —ordenó a los centinelas.

Nark'ius y sus hombres cruzaron el umbral. Nark'ius hizo una pregunta al individuo que les había recibido.

—¿Todo listo?

El otro sonrió.

—En perfectas condiciones —contestó.

—Está bien, vamos allá.

Capítulo XIII

LOS atacantes subieron a la carrera por la gran escalinata que permitía el acceso a los pisos superiores. A medida que ganaban terreno, iban quedándose por parejas que vigilaban los puntos más estratégicos

Nark'ius y el otro eran los primeros. Momentos más tarde llegaban ante una puerta ricamente adornada.

—Aquí está, Nark'ius.

—Déjalo de mi cuenta, Dumpker; yo me encargaré de él.

—Como gustes.

—¿Está acompañado? No me gustaría tener que disparar dos veces; hay que causar buena impresión

Dumpker se echó a reír.

—Le puse un narcótico en el vino de la cena —contestó—. Dormirá hasta las…

—No hagas cálculos con su tiempo; ya se le ha acabado —cortó Nark'ius fríamente.

Y abrió la puerta.

El propio Dumpker encendió las luces del dormitorio. Sobre un lecho gigantesco, se veía una abultada figura, que dormía plácidamente.

—Las sábanas son muy buenas —se lamentó Nark'ius—. Lástima que tenga que chamuscarlas.

—No te preocupes; la intendencia de palacio las repondrá.

Nark'ius dio dos pasos más y contempló al durmiente. Una singular sonrisa se dibujó en sus labios.

—Adiós, Datius-Cero —dijo.

Y apretó el gatillo.

Dumpker respiró aliviado.
—Bueno, ya está —exclamó.
—Ha resultado más fácil de lo que creíamos, ¿no es cierto? —sonrió Nark'ius.
—Con mi ayuda, por supuesto —contestó Dumpker—. Creo que deberíamos celebrarlo, Nark'ius.
—No hay inconveniente.
Dumpker se acercó a una mesita, en la que se veían varias botellas. Llenó dos copas y agitó una mano.
—Acércate, Nark'ius —invitó.
—Sí, desde luego.
Dumpker sacó un papel del bolsillo.
—He redactado una lista de hombres y cargos —dijo—. Si no te importa la leeré ahora mismo.
—Por supuesto —accedió Nark'ius.
Dumpker estuvo leyendo unos momentos. Al terminar, miró a su cómplice.
—¿Qué te parece, Nark'ius?
—Excelente, aunque observo que falta algo —con testó el otro.
—Sí, el puesto de Máximo Honor —confirmó Dumpker.
—¿A quién se lo atribuirías tú?
—Hombre, ya hicimos un acuerdo. Los otros votarán y…
—Es cierto, el cargo se otorgará por votación. Pero ¿no bebes, Nark'ius?
—Gracias, no tengo sed, Dumpker. De modo que una votación, ¿eh?
—Desde luego. Así, los demás verán que todo se hace en regla.
Nark'ius sonrió malignamente.
—El puesto será para mí por un voto —dijo—. El de mi pistola.
Dumpker empezó a chillar. Pero el disparo de la pistola solar cortó en seco el alarido que había empezado apenas a lanzar.
Nark'ius agitó la mano varias veces.
—Es increíble lo que puede apestar un hombre después de recibir una descarga solar —dijo, con expresión de repugnancia.
Luego se acercó a la mesa y barrió de un manotazo copas y botellas.
—¡Idiota! —exclamó, como si Dumpker pudiera oírle—. Tu voto contenía veneno, pero yo he ganado con el mío.
Y se dispuso a salir para anunciar su triunfo a los demás.
En el mismo momento, se oyeron unas voces atronadoras, que

brotaban a través de unos altoparlantes situados en distintos puntos del edificio:

—¡Atención a todos los conjurados! Se les conmina a rendirse inmediatamente. El golpe de estado ha fracasado miserablemente. Ningún puesto de policía ha podido ser conquistado. Esthar y Dar-e-Ti, entre otros, han muerto. Repetimos: deben rendirse inmediatamente o morirán.

Nark'ius se puso lívido al escuchar la inesperada noticia.

Fuera del dormitorio se oyeron gritos. Nark'ius se precipitó hacia la salida

Sonaron descargas de pistolas solares. Un hombre gritó:

—¡Nos rendimos!

Nark'ius comprendió que estaba perdido. Dio media vuelta, tratando de escapar por otro sitio, pero alguien le cerró el paso.

—No siga adelante —dijo Yaddan.

Nark'ius le miró con furia.

—Usted nos ha traicionado —acusó.

—¿A quién he traicionado? —rió el terrestre—. ¿Acaso había hecho algún pacto con usted o con alguno de sus amigos? ¿No sería mejor decir que es usted el traidor?

—Yo sólo quería librar a K'tar de un tirano…

—Para ocupar su puesto, claro. Pero no tenía intención de ser mejor que Datius.

—Mis propósitos…

—Se pueden juzgar después de la forma en que eliminó a su principal competidor. Me refiero a Dumpker, naturalmente.

Nark'ius se ahogaba.

—No… no hay testigos…

Yaddan hizo un gesto con la mano.

Una cortina se apartó a un lado. Tryna apareció en la estancia.

—Aquí hay un testigo —dijo.

—Yo soy otro —anunció Kordul, apareciendo a continuación.

—¿Tú? —gritó Nark'ius—. Eras de los nuestros…

—Hasta que me di cuenta de que vuestras intenciones eran repugnantes.

—Entonces, has estado informando a Silver…

—Todo lo que me ha sido posible —admitió Kordul sin pestañear.

—Si hacen falta más testigos, cuenten conmigo —sonó de pronto la voz de Dúvya.

Nark'ius se tambaleó.

—No es posible… Esa mujer ha muerto… —tartamudeó.

—El humo que Dumpker vio después de su disparo procedía de un muñeco con mi figura, colocado adecuadamente en la terraza —explicó Dúvya—. Por supuesto, yo lancé un gritito y Dumpker creyó en mi muerte. Luego, como es lógico, me escondí; no quería que esa muerte se realizase después de una forma real.

Nark'ius retrocedió un paso. Sudaba y su cara aparecía lívida.

—Por cierto —añadió Dúvya—, el negocio sigue siendo mío. Jamás otorgué testamento en su favor. El documento que usted presentó a Trnok era solamente una hábil falsificación.

—Hay tres personas que le han visto matar a Dumpker —intervino Yaddan.

—Pero ustedes no podrán juzgarme… No tienen autoridad…

—¿Y yo? ¿Tengo autoridad para juzgarte, traidor?

Nark'ius se tambaleó.

Creía soñar. Aquel obeso individuo que tenía frente a sí…

—En efecto, soy yo y no un fantasma —dijo Datius—. También disparaste contra un muñeco.

Un horrible rugido brotó de los labios de Nark'ius.

—¡Ahora mataré a un hombre de carne y hueso! —aulló.

Y apretó el gatillo, pero el arma no funcionó.

—Se le dejaron sólo dos cargas, una de las cuales calculamos estaba destinada a Dumpker —dijo Yaddan fríamente.

El traidor bajó la vista.

—Pero el indicador señala…

—Es una indicación tan falsa como el testamento que enseñó a Trnok. Comprenderá que no podíamos correr riesgos —terció Kordul.

Hubo un momento de silencio. De repente, enloquecido, Nark'ius dio media vuelta y escapó del dormitorio.

Todavía tenía la pistola en la mano. Esto engañó a algunos de los soldados que habían reducido a los rebeldes.

Varias pistolas solares chasquearon simultáneamente. El cuerpo del traidor se convirtió en una nubecilla de humo.

Kordul se asomó a la puerta y vio lo sucedido. Luego se volvió hacia los presentes.

—Nark'ius ha muerto —anunció.

—Parece que las cosas tendrán que ser un poco diferentes de ahora en adelante —dijo Datius más tarde.

—Tiene que recobrar la buena fama perdida —le aconsejó el terrestre.

Datius asintió.

—Sí, me dejé llevar por consejeros que sólo buscaban su propio provecho —admitió—. Hubo un tiempo en que luché mucho y ahora sólo quería despreocuparme de las tareas de gobierno.

—Cuando hay buenos consejeros, gobernar no es difícil. Algo que le recomiendo sea ejecutado con toda urgencia es la libertad de los mineros, señor.

Datius se volvió hacia Kordul.

—Encárguese de ello, coronel —dijo.

Kordul se inclinó.

—Gracias por el ascenso, señor —contestó.

—Sigue, Silver —indicó Datius, después de que Kordul hubo salido de la estancia—. ¿Qué más tenemos que hablar?

—Las minas de «struvium» deben continuar siendo explotadas. K'tar no puede desaprovechar semejante fuente de riquezas, aunque deben ser mejor distribuidas. Por supuesto, los mineros serán voluntarios, irán bien protegidos y se les pagarán salarios adecuados. La Tierra se encargará de enviar la maquinaria necesaria para ocupar a un mínimo de hombres.

—De acuerdo. ¿Qué más, Silver?

—Pronto llegará un plenipotenciario para firmar los acuerdos correspondientes. Aquí, en K'tar, se efectuará, como hasta ahora, la primera fase de la transformación del mineral. En la Tierra, tras los oportunos ensayos, con las muestras que yo llevaré en cajas blindadas, se realizará la segunda fase.

—De acuerdo, Silver. ¿Eso es todo?

—La cuestión económica no es de mi incumbencia; tendrá que tratarla usted con el plenipotenciario de la Tierra. Pero sí le daré otro consejo, señor.

Datius sonrió.

—Creo que lo aceptaré de antemano —dijo.

—Apriete las clavijas. La Tierra necesita el «struvium». No se deje

embaucar. Usted tiene la sartén por el mango.

—Vaya —resopló Datius—, era el consejo que menos esperaba de usted, Silver.

—Soy realista, señor. No le diría eso si el «struvium» pudiera encontrarse en la Tierra. Pero me imagino de antemano los negocios que el gobierno terrestre hará con otros planetas y encuentro justificado que K'tar obtenga su tajada del pastel.

Datius se quedó pensativo unos momentos. Luego dijo:

—Silver tengo que hacerle una proposición.

—Sí, señor.

Yaddan se quedó muy sorprendido al escuchar las palabras de Datius.

—Pero, señor…

—Acepte, hombre. ¿En dónde va a estar mejor que en K'tar? Buen sueldo, un trabajo que le agradará…

—Creo que aceptaré, señor, pero ¿puedo demorar la respuesta veinticuatro horas?

—¿Tienes que consultarlo con alguien? —Adivinó Datius.

Yaddan sonrió.

—Sí, señor —respondió.

Tryna parecía avergonzada.

—No sé qué decirte, Silver… —murmuró, cuando él llegó a su casa.

—Has sufrido una experiencia y ello te servirá para el futuro —dijo él—. Pero ahora no vamos a hablar de ese asunto, Tryna.

—Bien, te escucho…, aunque tú también tienes muchas cosas que contarme, Silver.

—Desde luego. En primer lugar, te diré que no debes ver en mí a ningún héroe. Acepté la misión por dinero, lo confieso con franqueza. El gobierno terrestre me encomendó llevar unas muestras de «struvium» y lo he conseguido, además de sentar las primeras bases para un futuro pacto entre la Tierra y K'tar.

»No vayas a creer que los políticos terrestres actúan totalmente por desinterés —continuó el joven—. Querían el «struvium» y lo han conseguido. El que se obtiene en K'tar es todavía muy impuro. En la Tierra se conseguirá «struvium» con una pureza de un novecientos noventa y nueve por mil. El peso de las astronaves se reducirá considerablemente, no sólo en el blindaje de los motores radiactivos,

sino incluso al entrar el metal en su estructura.

»Una plancha de “struvium”, de milímetro de espesor, equivale a cincuenta centímetros de plomo en cuanto a blindaje contra radiaciones. La misma plancha de acero, si se emplea para estructuras de astronaves, es veinte veces más pesada. Ya ves, por tanto, si interesa el “struvium”… y ese metal sólo se encuentra en K’tar.

—Comprendo. Pero ¿qué pasará si un día se agotan los yacimientos?

Yaddan se encogió de hombros.

—Creo que ese problema no nos afectará a nosotros, ni siquiera a los nietos de nuestros nietos —contestó—. Hay «struvium» para rato, Tryna.

—Y la Tierra se encargará de la segunda fase de purificación.

—Además de la comercialización y venta. Pero pagarán un buen precio, créeme.

—¿Cómo lo sabes?

Yaddan sonrió.

—Datius quiere confiarme el Ministerio de Energía. Si acepto, me concederá la ciudadanía k’tariana —contestó.

—¿Todavía lo dudas?

—Es que le dije que tenía que hacer una consulta. Contigo, naturalmente.

Tryna sonrió.

—Espero que seas mejor que Dumpker y su pandilla —dijo.

—No soy un santo, pero lo haré lo mejor que pueda —contestó él, al mismo tiempo que la abrazaba.

—Espera un momento —pidió Tryna—. Todavía no puedes cantar victoria.

—¿Qué sucede? —se extrañó él.

—Kordul se puso de tu lado…

—Por mediación de su hermano, a quien se lo conté todo.

—Entonces, fuiste voluntario a las minas de «struvium».

—Efectivamente, y de acuerdo con Datius.

—Ya entiendo. Pero ¿quién te dio los nombres de los conspiradores?

—Tryna, no hagas preguntas indiscretas.

—¿De una mujer de la cual tú misma dijiste que se teñía las canas?

—Le salvaste la vida.

—No, se salvó ella, pero, ¿preferirías que Dúvya estuviese muerta?

—Hombre, no, claro, aunque…

—Te diré una cosa. El nuevo coronel-ministro de Policía, Kordul, irá

a visitar esta noche a Dúvya. Creo que es suficiente, ¿no?

Tryna sonrió.

—Pero tú tendrás prohibido, de ahora en adelante, volver a «La Casa de los Mil Soles» —dijo.

Yaddan suspiró.

—Es igual —dijo.

—¿Cómo? ¿Qué es igual para ti? —se extrañó Tryna.

—Las mujeres. Lo mismo son aquí, que en la Tierra, que en cualquier otro planeta…

—En toda la Galaxia somos iguales, Silver —dijo ella—. Y para demostrártelo, te daré permiso para besarme.

Yaddan aprovechó el permiso de muy buena gana.

FIN